

250



TUTO
RICO
SIANO
A
6
MA

El Beato

Don Juan Bosco



STITUTO
DRICO
ESIANO

2A

6

OMA

*El Beato
Don Juan Bosco*

EL BEATO DON JUAN BOSCO

POR EL DR. DON J. B. CALVI SACERDOTE SALESIANO

ILUSTRACIONES DEL PINTOR C. MEZZANA



~~1178~~

202.150

BIBLIOTECA SOCIETÀ SALESIANA TORINO	
Classe	S 1
N.	D
Formato	204

SOCIETÀ EDITRICE INTERNAZIONALE
TORINO - MILANO - GENOVA - PARMA - ROMA - CATANIA

1929

000111



A MIS QUERIDOS PADRES
LUIS Y GUILLERMIMA CALVI
O. D.

IMPRIMATUR:

In Curia Archiep., Mediolani, die 3 Maii 1929
† JOANNES ROSSI, *Vic. Capit.*



1-207

LA VIDA

¡Sin padre!

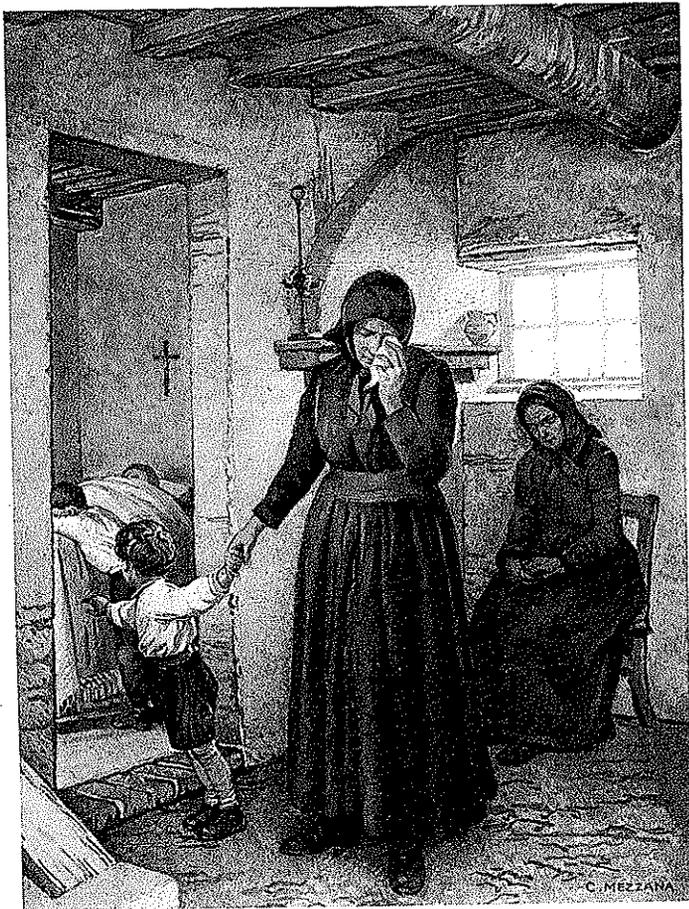
Juanito Bosco, nacido el 16 de agosto 1815, quedó huérfano de padre cuando apenas contaba dos años de edad. El padre, en sus últimos momentos, llamó junto a sí a su esposa Margarita, la aconsejó no se afligiera demasiado por su muerte y después de animarla a resignarse a la voluntad de Dios, añadió: — *Te encomiendo nuestros hijos y de un modo especial a Juanito.*

De este modo el futuro apóstol de la juventud, que será llamado más tarde, Padre de los huérfanos por antonomasia, comienza a probar, desde su más tierna edad, la amarga suerte de quien no tiene padre.

«No tenía yo aún dos años, dice él mismo en sus *Memorias*, cuando se me murió el padre. No sé que fué de mí en aquella luctuosa circunstancia; sólo me acuerdo, y es el primer hecho de mi vida impreso en mi memoria, que mi madre me dijo: — ¡Has quedado sin padre! — Todos salían de la sala mortuoria; sólo yo quería permanecer allí. Mi madre, me repetía llena de dolor: — Ven, Juanito, ven conmigo. — Si no viene papá, yo tampoco quiero ir, respondí. — ¡Pobre hijo mío, replicó mi madre, ven conmigo; tú ya no tienes padre!

«Dicho lo cual, rompió en profundo llanto, me tomó de la mano y me llevó a otra parte, mientras yo lloraba porque la veía llorar a ella, ya que en tal edad no podía ciertamente comprender la gravedad de tal pérdida. Sin embargo siempre me he recordado de aquellas palabras: — ¡*Ja no tienes padre!* — De igual manera quedó grabado en mi mente lo que se hizo en tal ocasión con mi hermano Antonio que enloquecía de dolor. Desde aquel día hasta la edad de cuatro o cinco años no recuerdo ya cosa alguna....»

Es el primer recuerdo de Juanito, ¡bien triste en verdad!



El sueño....

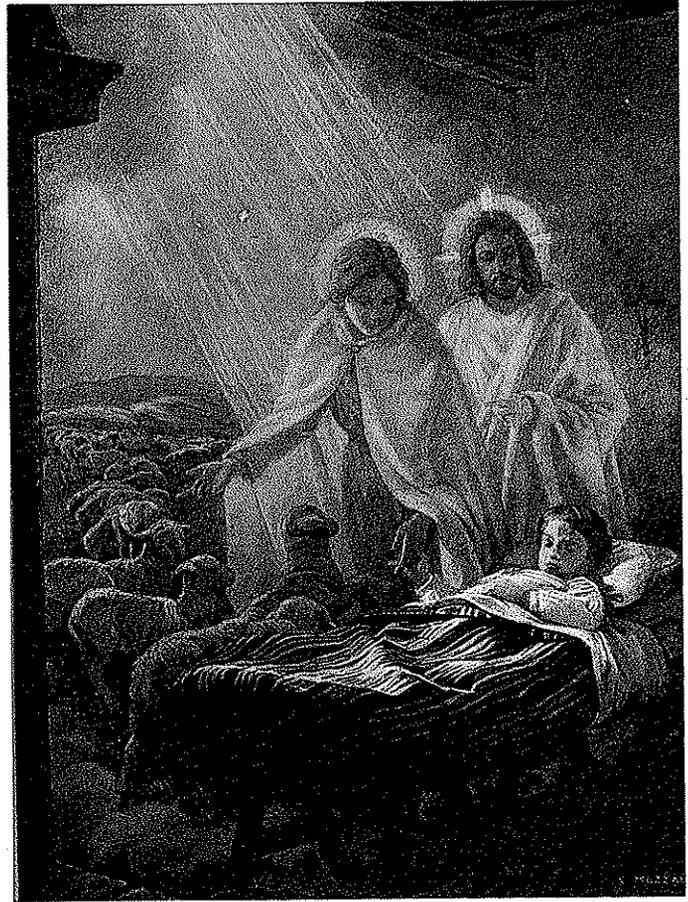
Corría el año 1824; Juanito Bosco había cumplido los nueve años.

Una noche, famosa desde entonces, Juanito soñó. Preferiría decir: tuvo una visión profética.... pero, diremos que soñó. Le pareció encontrarse en un gran campo, cercano a su casa, en medio de muchos niños que se divertían y algunos de ellos hablaban mal y blasfemaban. Juanito, para darles, como se dice, una lección, y a la vez impedir la ofensa de Dios, se abalanzó sobre tales golfillos repartiéndoles cachetes a diestro y siniestro. Pero un Señor venerable, resplandeciente como el sol, se le presenta de improviso y le dice: «*No con golpes, Juanito, no con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad te ganarás estos amigos. Ponte más bien a instruirlos acerca de la fealdad del pecado y hermosura de la virtud.*»

Juanito, cada vez más maravillado, se atrevió a preguntar quién era Aquel que le mandaba cosas para él imposibles.

Jesús; pues tal era dicho personaje, aseguró a Juanito que todo le sería posible por medio de la obediencia y con la adquisición de la sabiduría. «En ese mismo instante, dejó escrito después en sus *Memorias*, vi junto a Él una Señora de majestuoso aspecto, adornada con un manto que resplandecía por todas sus partes como si cada punto de su tejido fuese una brillantísima estrella. Viéndome cada vez más confundido en mis preguntas y respuestas me ordenó acercarme a Ella, tomándome con bondad por la mano: — Mira, me dijo. — Mirando me dí cuenta que los niños habían desaparecido y en su lugar ví una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros animales. «Este es el campo donde has de trabajar», continuó diciéndome aquella Señora. *Hazte humilde, fuerte, robusto*; y lo que veas que sucede ahora con estos animales, deberás tú hacerlo con mis hijos.» Volví entonces la mirada y en lugar de los feroces animales, aparecieron otros tantos mansos corderillos que, retozando, se acercaban cariñosamente a aquel Hombre y a la Señora. A tal punto, siempre en sueños, me puse a llorar, y rogué a aquella Mujer me hablara de modo que la entendiera pues aún no sabía lo que ello quería significar. Entonces me puso la mano sobre la cabeza diciéndome: Lo sabrás todo a su tiempo. Dicho lo cual un ruido me despertó y todo desapareció de mi vista.»

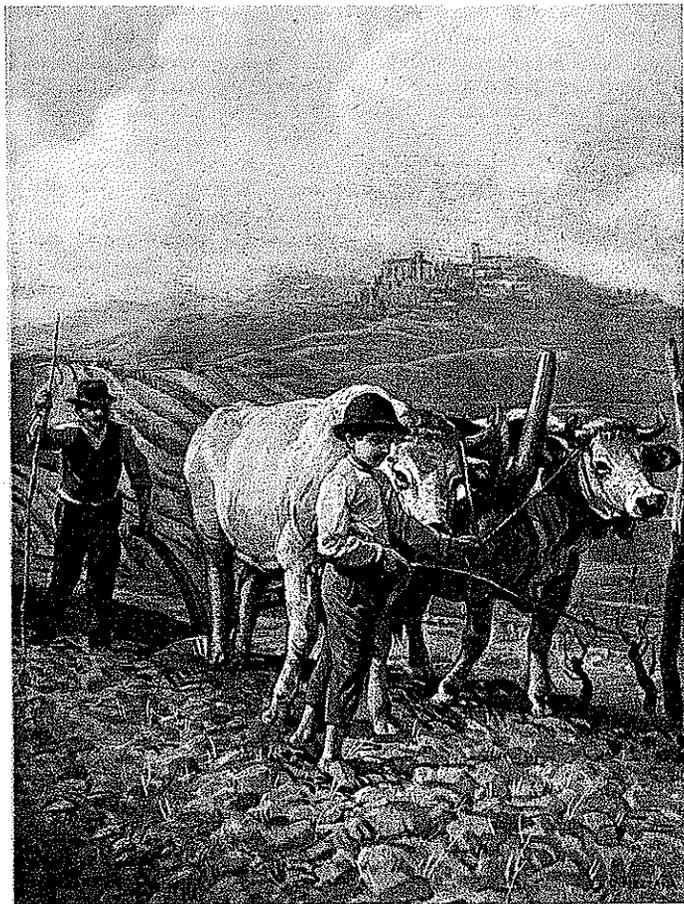
¡Hoy, después de cien años, el sueño ha llegado a ser realidad!



En la granja Moglia.

Margarita, viendo las dificultades que Antonio, el hermanastro de Juanito, oponía continuamente a sus designios, juzgó bien alejar a quien era causa inocente de tantas reconvenciones y quejas. Parece que primeramente lo envió a las colinas de Buttigliera; de aquí lo mandó a Moriondo donde habitaban unos parientes y a quienes Juan suplicó en vano el ser admitido como criado, esperando al menos ganarse el pan.

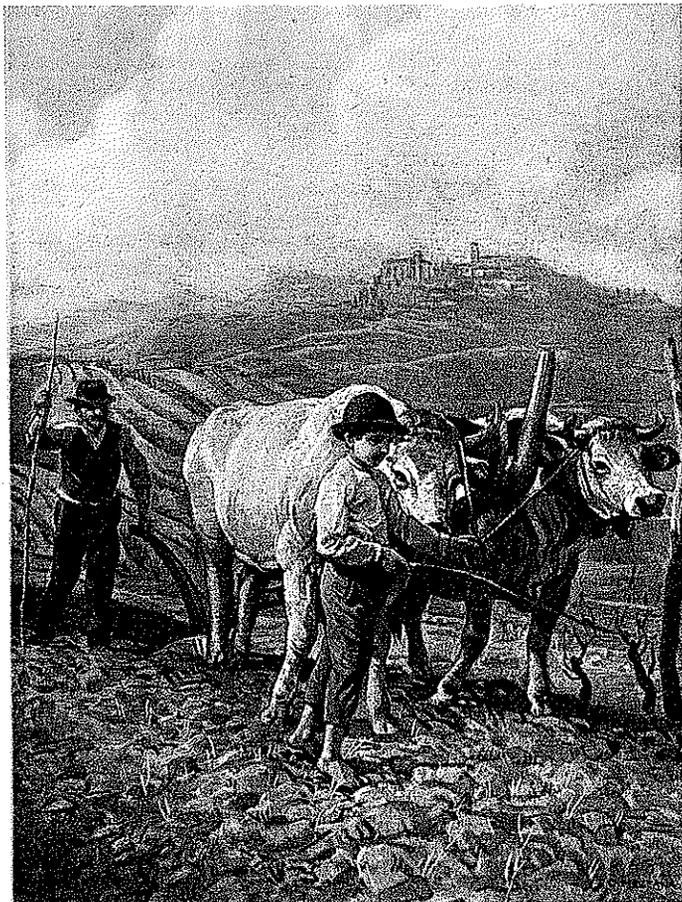
Una esperanza le quedaba: proseguir el camino hasta la granja de la familia Moglia cerca de Moncucco. Así lo hizo y al caer de la tarde llegaba cerca de la finca. Decidido sí, pero con alguna timidez, se acercó al portal donde se encontraba toda la familia ocupada en preparar los mimbres para las vides. El alma apenas le hubo visto: «— ¿A quién buscas, muchacho? — le preguntó. — Al señor Luis Moglia. — Soy yo en persona; ¿qué quieres? — Mi madre me dice que venga aquí de jornalero. — ¡Tu madre!... ¿quién es y porqué te manda así tan pequeño fuera de casa a servir en la ajena? — Mi madre se llama Margarita Bosco: viendo que mi hermano Antonio me maltrata y me pega, ayer me dijo: toma estas dos camisas y estos dos pañuelos, y vete al *Bausone* y pídele por favor que te admita como criado; si allí no te reciben ve a la granja de los Moglia que está entre Mombello y Moncucco y le dices al amo que soy yo, tu madre, la que te mando y confío que te recibirá. — Pobre chico, respondió el Sr. Luis, lástima que no pueda recibirte; ahora en invierno sobran los jornaleros y nosotros no acostumbramos a alquilar ninguno hasta pasada la Anunciación; mira, mucho lo sentimos pero.... ten paciencia y vuélvete a casa. — Acépteme por caridad, respondió Juan, no me den ningún jornal, pero déjenme estar aquí. — ¡Pero hijo, si no eres capaz de hacer nada!» Juan rompió a llorar: «¡Dejenme quedar!; repetía sollozando.... Yo me siento aquí en el suelo y no me voy.... No, no me marcho.». Así diciendo comenzó a recoger los mimbres esparcidos en el portal. La señora Dorotea conmovida por aquellas lágrimas intervino eficazmente en el asunto y logró de su marido que el chico se quedara en casa por unos días. Juanito desde aquel momento se ocupó en los trabajos de la labranza. La paga contratada después con Margarita era de 15 liras anuales, además de la comida. ¡Entonces era un jornal excepcional!...



En la granja Moglia.

Margarita, viendo las dificultades que Antonio, el hermanastro de Juanito, oponía continuamente a sus designios, juzgó bien alejar a quien era causa inocente de tantas reconvenções y quejas. Parece que primeramente lo envió a las colinas de Buttiglicra; de aquí lo mandó a Moriondo donde habitaban unos parientes y a quienes Juan suplicó en vano el ser admitido como criado, esperando al menos ganarse el pan.

Una esperanza le quedaba: proseguir el camino hasta la granja de la familia Moglia cerca de Moncucco. Así lo hizo y al caer de la tarde llegaba cerca de la finca. Decidido sí, pero con alguna timidez, se acercó al portal donde se encontraba toda la familia ocupada en preparar los mimbres para las vides. El alma apenas le hubo visto: «— ¿A quién buscas, muchacho? — le preguntó. — Al señor Luis Moglia. — Soy yo en persona; ¿qué quieres? — Mi madre me dice que venga aquí de jornalero. — ¡Tu madre!... ¿quién es y porqué te manda así tan pequeño fuera de casa a servir en la ajena? — Mi madre se llama Margarita Bosco: viendo que mi hermano Antonio me maltrata y me pega, ayer me dijo: toma estas dos camisas y estos dos pañuelos, y vete al *Bausone* y pídele por favor que te admita como criado; si allí no te reciben ve a la granja de los Moglia que está entre Mombello y Moncucco y le dices al amo que soy yo, tu madre, la que te mando y confío que te recibirá. — Pobre chico, respondió el Sr. Luis, lástima que no pueda recibirte; ahora en invierno sobran los jornaleros y nosotros no acostumbramos a alquilar ninguno hasta pasada la Anunciación; mira, mucho lo sentimos pero.... ten paciencia y vuélvete a casa. — Acépteme por caridad, respondió Juan, no me den ningún jornal, pero déjenme estar aquí. — ¡Pero hijo, si no eres capaz de hacer nada!» Juan rompió a llorar: «¡Dejenme quedar!; repetía sollozando.... Yo me siento aquí en el suelo y no me voy.... No, no me marcho.» Así diciendo comenzó a recoger los mimbres esparcidos en el portal. La señora Dorotea conmovida por aquellas lágrimas intervino eficazmente en el asunto y logró de su marido que el chico se quedara en casa por unos días. Juanito desde aquel momento se ocupó en los trabajos de la labranza. La paga contratada después con Margarita era de 15 liras anuales, además de la comida. ¡Entonces era un jornal excepcional!...



El Angelus.

Era un viernes, hacia la mitad del verano. Con los últimos ecos de las campanas que tocaban al Angelus en la vecina torre de Moncucco, entraba José Moglia, el amo de Juanito, en el portal: la azada al hombro, sudoroso, cansado del trabajo y sofocado por el intenso calor, buscó la benéfica sombra de un emparrado que orlaba el antepecho de la casa. Sentado a sus anchas y dirigiendo perezosamente la vista en derredor vió en lo alto de la escalera a nuestro héroe que, vuelto del campo momentos antes, rezaba el Angelus de rodillas.... Sorprendido y riendo exclamó: «¡Qué bonito, eh! El amo trabajando y sudando de lo lindo desde la mañana a la noche y al señorito; allí al fresco, le sobra tiempo para sus rezos. Vaya una manera más cómoda y fácil de ganarse el cielo.» Juanito no se inmutó, terminó su plegaria, bajó las escaleras y con toda tranquilidad, dirigiéndose al anciano: «- Bien sabe Vd., le dije, que no huyo el cuerpo a la fatiga ni el trabajo me arredra; sin embargo, tenga por cierto que he ganado yo más rezando que V. trabajando. Si se reza, por dos granos que se siembran nacen cuatro espigas; en cambio si se descuida la oración, sembrando cuatro granos, se recogen sólo dos espigas. ¿Acaso cuesta mucho el detenerse unos momentos mientras se trabaja, dejar a un lado la azada y decir una oración?» A nuestro buen viejo le supo un poco amargo el recibir tal lección de un muchacho; pero algún tiempo después se le oyó decir: «No sé, pero no me animo a sentarme a la mesa si antes no he dicho el Angelus.»

He aquí una escena que encierra cierto sabor bíblico y recuerda la serena explicación que José, el jovencito hebreo de Jacob, daba a sus hermanos cuando le interrogaban con un poco de sorna sobre sus sueños tan llenos de realidad.



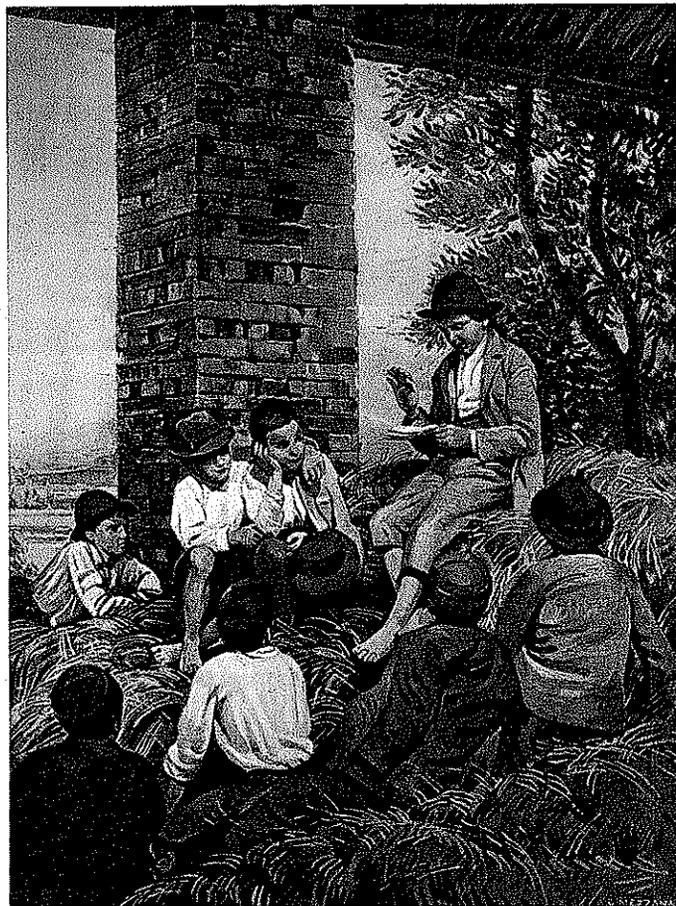
El germen de los Oratorios Festivos.

Las poéticas escenas que en los prados lindantes a la casita *dei Becchi* hemos visto desarrollarse en los primenos años de la vida pastoril de Juanito se repitieron aquí en la granja Moglia consiguiendo nuestro héroe hacerse muchos amiguitos atraídos por su bondad y cariño y por la admiración a sus sorprendentes juegos.

Los días de reunión preferidos eran los de invierno, especialmente aquellos lluviosos que imposibilitan el trabajo en el campo; se añadían a estos los días de fiesta en que las habilidades de Juan lindaban con lo extraordinario en el decir de aquel minúsculo público. Las repñiones tenían lugar por la tarde y allí en el contiguo pajar, se disponían quietos y ansiosos en semicírculo, mientras Juanito, sentado sobre un haz de heno, les repetía la explicación de la doctrina que habían oído en la iglesia, narraba un bonito ejemplo, les enseñaba la manera de rezar el Rosario, las letanías de la Virgen, alguna copla; en fin, se industriaba en comunicar a aquellas cabecitas los tesoros de la gracia con que el Señor le enriquecía días tras días. Cuando hacía buen sol, la alegre asamblea se reunía bajo alguna morera.

Felices se consideraban las madres en confiarle sus hijitos cuando debían ausentarse por unas horas del pueblo o no podían acompañarlos a la parroquia para los funciones religiosas, y él, obediente a la voz misteriosa de su primer sueño, prodigaba a aquellos pequeñines los cuidados más tiernos de un hermano.

Su ardiente celo no se mostró satisfecho con esto y así consiguió después de algunas semanas, verse rodeado de la juventud del pueblecito de Moncucco donde debía ir para asistir a las funciones de iglesia. El párroco, celoso sacerdote, conociendo desde el primer instante su piedad sincera, no común en aquellos jovencitos, y viendo el muchísimo bien que podía hacer no sólo le animó sino que como mejor pudo, le apoyó eficazmente y después cuando Juanito se despidió de aquellos lugares que tan queridos se le habían hecho, él mismo por muchos años, continuó dirigiendo aquellas reuniones que fueron para Juanito el primer germen de los Oratorios Festivos.



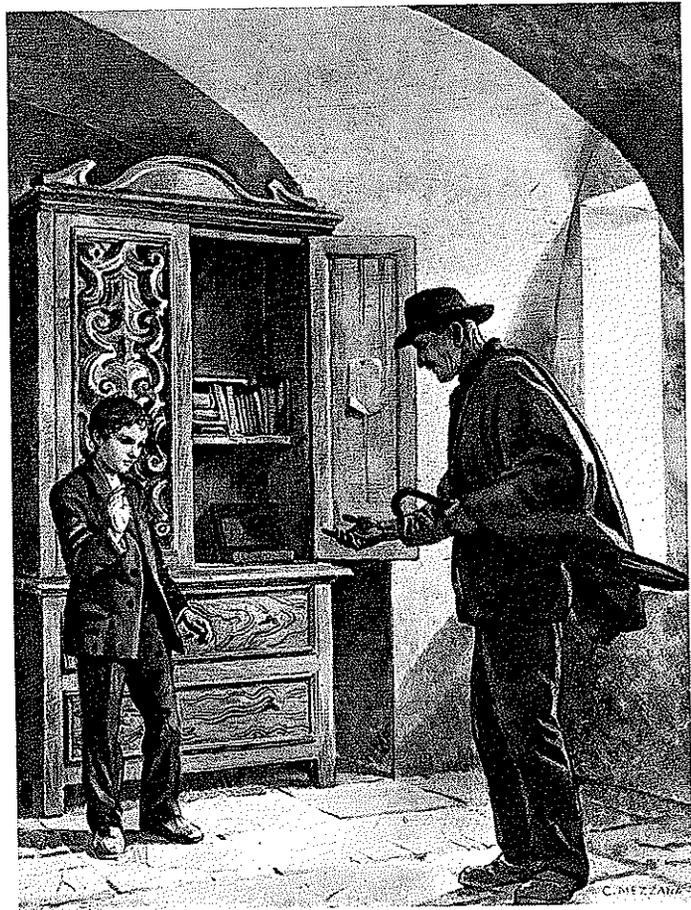
“Prefiero el Paraíso a todas las riquezas del mundo...”

El ardiente deseo que Juanito sentía de estudiar para llegar a ser sacerdote había sido por fin satisfecho. El P. José Calosso, capellán de Murialdo, gustoso había empezado a dar clase a su discípulo. Pero desgraciadamente no fué duradera tal ventaja, porque poco tiempo después el buen sacerdote moría casi repentinamente. Sin embargo, en el supremo momento se acordó de su discípulo y le dió la llave del cofrecillo....

Algunos de los presentes a los últimos momentos del P. Calosso le decían a Juanito: «Ésa llave es la del cofre. El dinero que está dentro, te pertenece. Otros, en cambio, advertían que no podía adueñarse de él, porque no se lo había dejado con acto legal.»

Por esto, a la par que por su nueva e imprevista situación, Juan se hallaba indeciso, angustiado. Reflexionó un poco y después dijo con decisión: «No quiero irme al infierno por el dinero. No tomé nada.» Su buena madre desde pequeño le había enseñado que es mejor morir de hambre antes que enriquecerse a costa de la salvación. Los que habían presenciado la escena seguían asegurándole que los ademanes de moribundo, sus palabras cuando se hallaba todavía vivo, y en fin, el haberle entregado la llave de un modo tan expresivo, claramente indicaban la voluntad del difunto y que, por consiguiente, aquel dinero le pertenecía. Pero Juan no se daba por satisfecho. Entre tanto llegó el heredero con otros parientes y, muy afanado, buscaba por todas partes la llave del cofre. Juan entonces se la presentó diciéndole: «Aquí tiene la llave del dinero. Su tío me la entregó dándome a entender que no se la diese a ninguno. Algunos me han dicho que podía tomar lo que se halla dentro, pero prefiero ser pobre, no quiero ser causa de pleitos: su tío no me dijo que el contenido era mío.» El heredero tomó la llave y abriendo el cofrecillo halló 6.000 liras. Después de haberlas contado se volvió a Juan y le dijo: «Respeto la voluntad de mi tío: este dinero es tuyo. Te dejo en completa libertad de hacer lo que quieras y de tomar lo que quieras.» Juan permaneció algunos momentos perplejo. Conocía bastante bien la última voluntad del difunto y ahora tenía el permiso del heredero; mas «no, agregó, no quiero nada. Prefiero el Paraíso a todas las riquezas del mundo. — Si no quieres nada, replicó el heredero, te agradezco tu generosidad y desinterés.»

Juan, pues, no tomó un centavo. En sus Memorias compendió el hecho en estas sencillas palabras: «Llegaron los herederos del P. Calosso y les entregué la llave con todo lo demás.»



¡La Cucaña! - Hábil y santa industria.

El pueblecillo de Montaña, poco distante de Castelnuevo de Asti, celebraba la fiesta del santo Patrón y en la plaza principal se levantaba el palo enjabonado llamado «la cucaña», de cuya punta pendía un aro que ostentaba diversos premios. Inmensa multitud asistía a las tentativas, una y otra vez repetidas, de los mozos del pueblo para llegar a la punta. Estruendoso era el griterío de la multitud que animaba a los más arrojados y silbaba a los poco hábiles que no eran capaces de sostenerse en el palo.

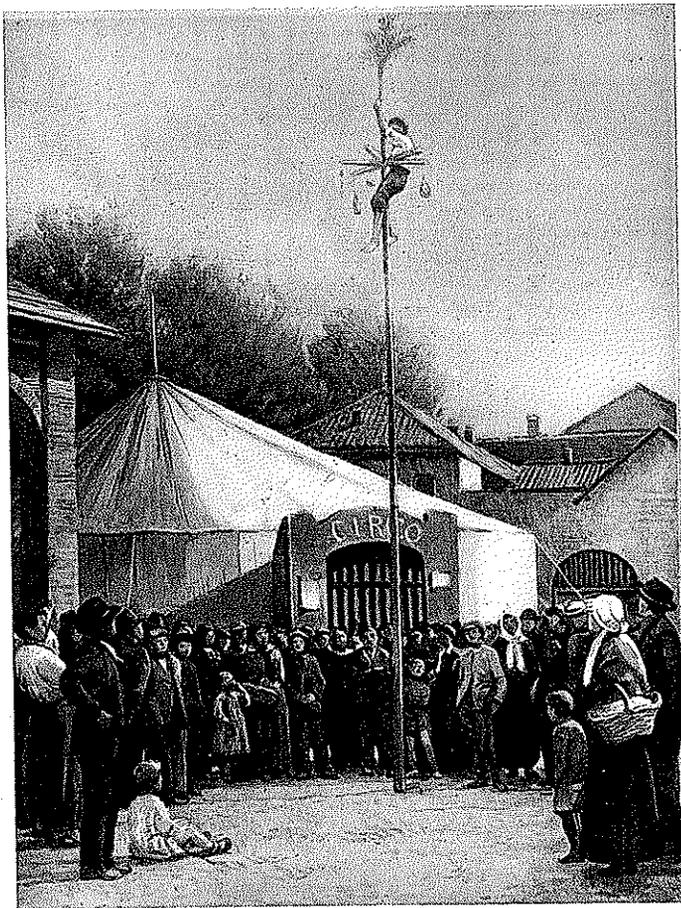
De repente, empero, cambia la escena. Reina un silencio general. Nuestro Juanito se adelantaba hacia el espacio no ocupado por la muchedumbre y animoso se preparaba a trepar por el palo, confiando en el éxito. Sabía que entre los premios había un poco de dinero que para él, pobre estudiante, sería verdadero maná. En efecto: helo allí ante las miradas de la multitud....

Comenzó a subir poco a poco, sin desanimarse, con calma y constancia y con táctica nueva. Mientras todos los que le habían precedido, habían querido ganar cuanto antes la punta del palo y, tras breves esfuerzos, se habían dejado caer desanimados, él había hecho sus cálculos y, después de esforzarse un poco, descansaba entrelazando los brazos, y cruzando las piernas en torno al palo, como suelen hacer los muchachos cuando van en busca de nidos, para tomar fuerza....

La victoria fué suya. Cuando Juan llegó a la punta del palo, que por se agitado, se balanceaba peligrosamente, un estrepitoso aplauso resonó por todas partes.

El héroe extendió la mano y cogió una bolsa con 20 liras, un salchichón y un pañuelo, se lo metió todo en los bolsillos y, dejando los objetos menos valiosos para que pudiera continuar la diversión, se dejó resbalar, perdióse entre la gente y desapareció.

Había trepado para conseguir algo con que comprar ropa y algunos libros, y poder así ser menos gravoso a mamá Margarita.



El Pequeño Saltimbanqui.

Juan camina sobre la cuerda en medio del estupor general.

Yendo Juanito con Mamá Margarita al mercado o a las ferias de Castelnuevo, Buttigliera, Chieri o de otros lugares, había observado que en las plazas públicas se juntaba gran cantidad de gente que con ávida curiosidad contemplaba a los saltimbanquis y titiriteros de profesión.

¿No podré yo, pensó Juanito, adiestrarme en estos juegos y repetirlos allá en la era *dei Becchi*? De este modo no sólo podré apartar a mucha gente de los espectáculos públicos, sino que también lograré atraer a los niños, alegrarlos, divertirlos, y con la ayuda de Dios, hacerles un poco de bien.

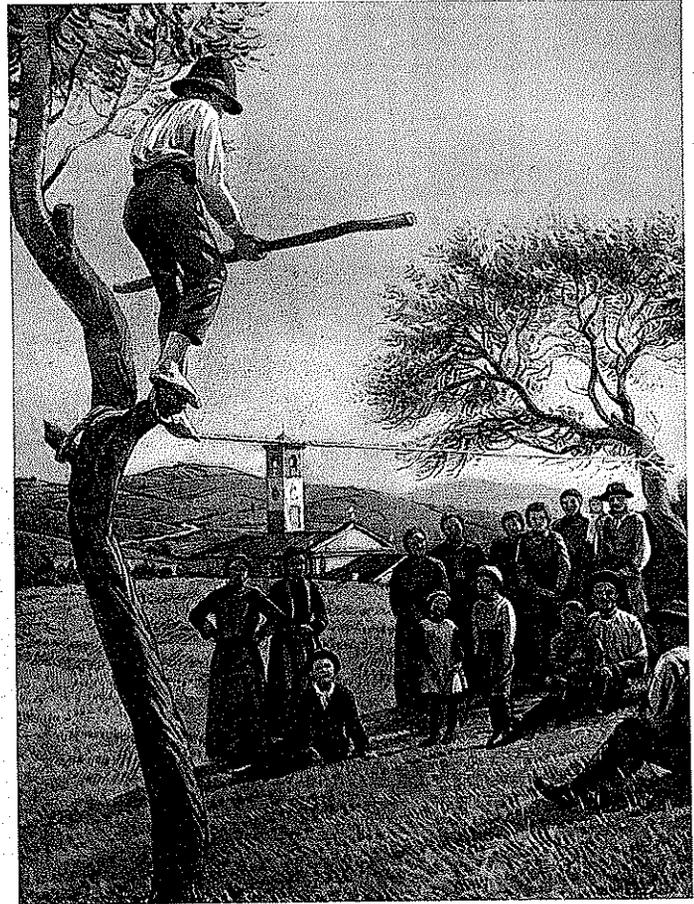
Su empeño principal, después del catecismo y del cumplimiento de sus deberes, fué, pues, buscar a los titiriteros y saltimbanquis, verlos, observarlos en el ejercicio de su profesión, fijarse bien en sus movimientos y sorprender sus secretos. Después repetía en casa cuanto había visto sin cansarse ni preocuparse de los golpes, vuelcos y trompazos. Así llegó a ser muy diestro en el salto mortal, en caminar sobre la cuerda y demás juegos acrobáticos, por difíciles y peligrosos que fueran.

Cuando el joven apóstol se vió suficientemente seguro, dió principio a la nueva misión. En Becchi, se extendía enfrente a su pobre casita un prado con un añoso peral. Juan comenzaba atando de éste a otro árbol cercano una cuerda; preparaba en seguida una mesita, junto a ella una silla y extendía un tapete, un pedazo de saco, para poder brincar.

Los preparativos repetidos diariamente, despacio y con orden, para despertar intencionadamente la curiosidad de los niños y de los transcúntes lo ejercitaban más y más, extendiéndose así su fama de saltimbanqui audaz y perfecto. Cuando todo estaba pronto y muchos acudían ansiosos de contemplarlo, los invitaba a rezar alguna oración, a veces la tercera parte del Rosario, o a cantar una copla a la Virgen; porque si hubiera dejado esto para el final, no podía estar seguro de que todos se quedaran.

Los ejercicios de gimnasia eran los más variados y atrayentes: singular don de Dios a su Apóstol, que de modo tan nuevo y singular supo y quiso entregar sus energías juveniles al excelso fin por el cual Apóstoles y Mártires, Confesores y Vírgenes, habían predicado, confesado y sufrido....

¡ El joven aldeano de Becchi llegó a ser así, con la aprobación de mamá Margarita, saltimbanqui de profesión por la salvación de las almas, especialmente las de sus amiguitos, a la edad de ocho, nueve y diez años!...



Juanito, recibe el hábito eclesiástico ante el altar de la iglesia parroquial de Castelnuevo de Asti.

Poco después de haber obtenido la conversión de un condiscípulo hebreo, llamado Jonás, Dios demostró haber aceptado su apostolado abriéndole las puertas del ministerio sacerdotal por el cual tanto suspiraba. Mas, en el momento en que Juan está por decidirse a ingresar en el Seminario siente su alma atormentada por crueles angustias.

Reflexionando a solas había decidido hacerse sacerdote, pero abandonando el mundo y retirándose al claustro. En tal estado de perplejidad tomó la resolución, después de mucho orar, de dirigirse a Turín para aconsejarse con aquel ángel de prudencia y sabiduría que fué el Beato Cafasso.

« — Prosigue con tranquilidad tus estudios, le dijo éste, ingresa en el Seminario. »

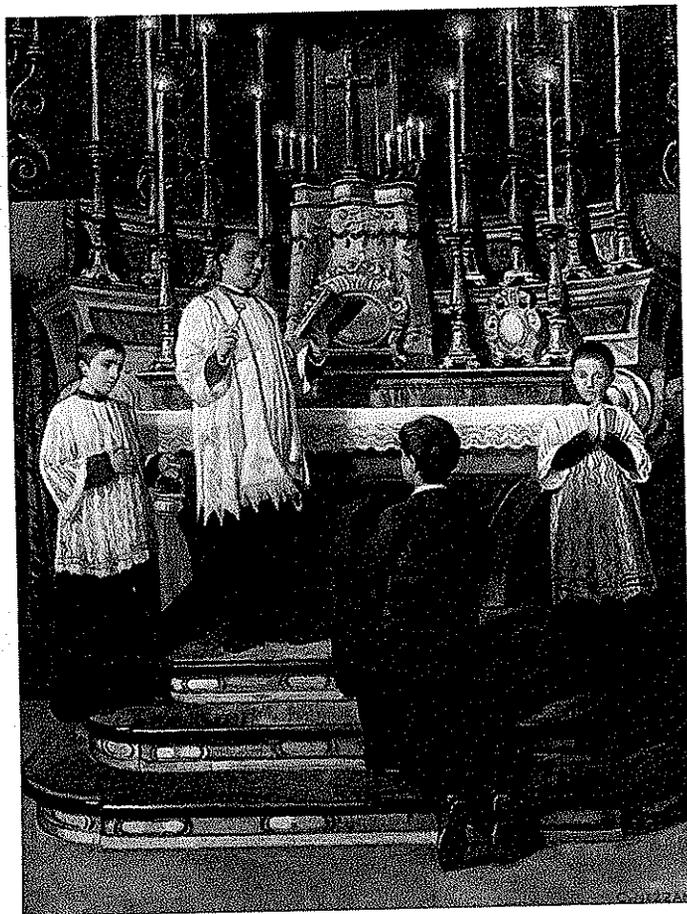
Juan, como quien se ve aliviado de un gran peso, obedeció sin replicar.

Superadas las últimas dificultades ingresó en el Seminario y el 25 de octubre del año 1835 de manos de su Párroco D. Cinzano recibió el hábito eclesiástico en Castelnuevo.

La función no pasó, como muchas otras, inadvertida; pues fué una fiesta general del pueblo.

¿Preveían tal vez los de Castelnuevo las promesas contenidas en aquel cambio del hombre viejo en uno nuevo, en aquel cambio de hábito al cual habían querido cooperar directamente?

En el Seminario su principal empeño fué el de cumplir con exactitud todos sus deberes. Fué un estudiante y un seminarista modelo. Sus disposiciones hacia la piedad y vida eclesiástica y sus santos deseos se ponen en evidencia. Aparece nuevamente su tendencia particular al apostolado de la juventud, a ponerse en contacto con los niños abandonados, a ayudarlos y confortarlos en sus necesidades.



El campo del apostolado.

Don Bosco contempla desde Superga la ciudad de Turín.

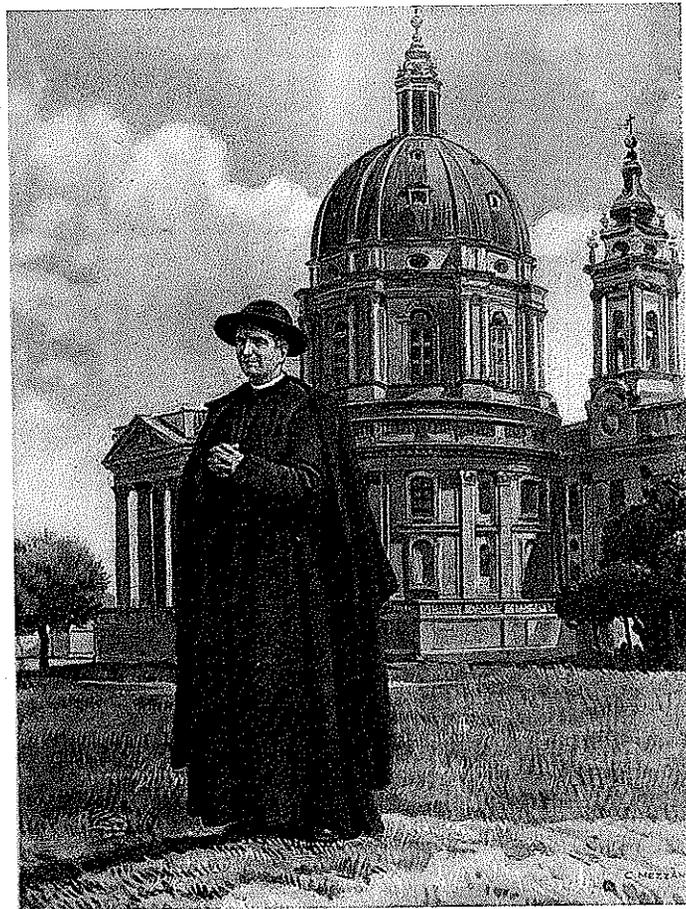
Encontrándose un día D. Bosco en la ciudad de Alba para predicar el panegírico de S. Felipe Neri tomó un argumento genial y poético.

Imaginó que se hallaba en la cima de una de las colinas de Roma, contemplando el amplio panorama de la ciudad: de pronto ve un joven sumido en la más profunda meditación.

«— ¿Quién sois, buen joven, y que miráis con tanta ansiedad? le preguntó.— Yo soy un pobre forastero; contemplo esta gran ciudad y un pensamiento ocupa mi mente; pero temo que sea locura o temeridad.— Y ¿cuál es? — Consagrarme por entero al bien de tantas almas, de tantos pobres niños que por falta de educación religiosa caminan hacia la perdición.— ¿Sois instruído? — He cursado pocas clases y no soy por cierto un erudito.— ¿Disponéis de recursos materiales? Nada; no tengo ni un mendrugo de pan fuera del que recibo de manos de mi buen amo.— ¿Tenéis iglesias, casas? — No tengo otra casa más que una pobre buhardilla que por caridad me han concedido. Mis roperos consisten en una cuerda pendiente de la pared en la que cuelgo todo mi ajuar.— Entonces ¿cómo queréis, sin nombre, sin ciencia, sin dinero y sin locales emprender semejante obra? — En verdad la falta de medios y de condiciones me preocupa; pero Dios que me inspira, me alentará; Dios que de las piedras suscita los hijos de Abraham y que.... — ¿Amáis a la Virgen?»

Al llegar a este punto suspendió D. Bosco el diálogo y pasó a pintar al vivo las semblanzas de aquel joven, la viveza de sus ojos y cómo brillaron a tal pregunta; su sonrisa, su ardiente afirmación y continuó diciendo: «¿Cómo os llamáis? — Felipe Neri», respondió el joven. Cuando pronunció tal nombre oyóse un leve murmullo; pues más de uno había enmendado en voz baja: «¡Juan Bosco! ¡Juan Bosco!»

En iguales condiciones, en realidad de verdad, debía encontrarse él cuando el 3 de noviembre de 1841 dirigiéndose a Turín contempló desde las alturas de Superga, en el claro y fulgente anfiteatro alpino, la soberbia capital del viejo Piamonte, la ciudad de anchas y frondosas avenidas y de simétricos palacios, surcada por los hilos de plata del Po y del Dora.



Primicias de la Obra.

Don Bosco habla con Bartolomé Garelli.

El día 8 diciembre de 1841, según consta en sus Memorias, se hallaba D. Bosco en la sacristía de la iglesia de S. Francisco de Asís preparándose para celebrar la Santa Misa.

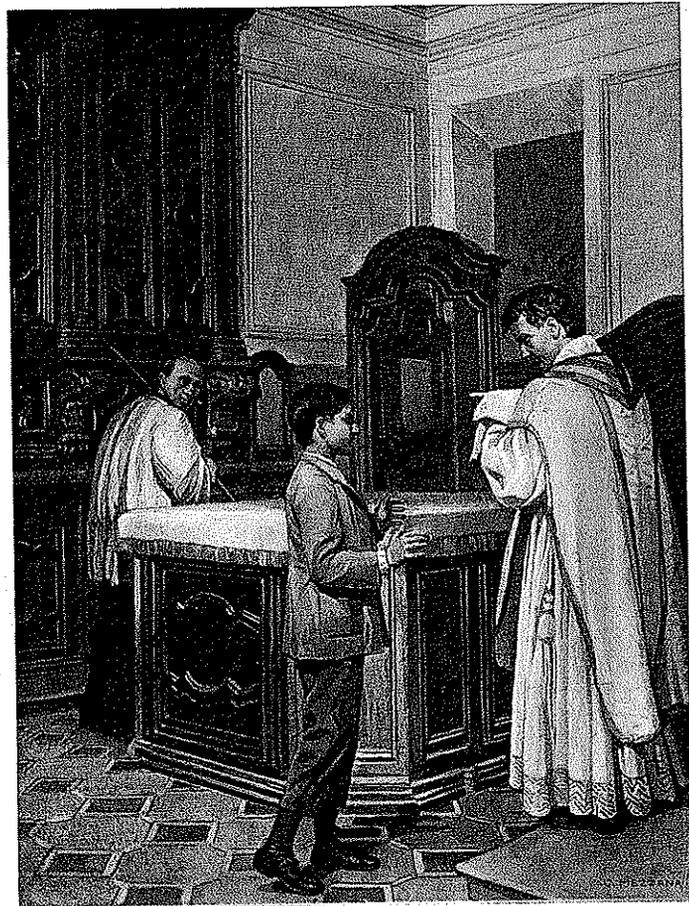
Presentóse un joven, como de diez y seis años, que invitado a ayudarle la Misa se disculpó diciendo que no sabía. — No importa, le respondió el sacristán, yo te diré lo que tienes que hacer. Pero al ver que el joven insistía en su negativa le arrojó de la sacristía después de haberle medido las costillas con una vara.

— ¿Qué ha hecho Vd.? dijo D. Bosco; ¿por qué ha golpeado a ese niño? Llámeme al punto porque es mi amigo y necesito hablarle

No fué cosa fácil obedecerle pues el joven huía y no daba crédito a las palabras del sacristán. Finalmente pudo convencerle y fué conducido ante su amigo que tratándole con gran bondad, consiguió borrar la mala impresión recibida. Hízole oír misa y después se entretuvo con él ratito.

— Mi buen amigo, ¿cómo te llamas?, le preguntó. — Bartolomé Garelli. — ¿De dónde eres? — De Asti. — ¿Viven tus padres? — No, señor. — ¿Qué edad tienes? — Diez y seis años. ¿Sabes leer y escribir? — No, señor. — ¿Has recibido la primera Comunión? — Todavía no. — ¿Y te has confesado alguna vez? — Sí, señor, cuando era más pequeño. — ¿Asistes al catecismo? — No me atrevo; tengo vergüenza porque mis compañeros saben la doctrina y yo con ser mayor que ellos no sé nada. — ¿Y si te enseñara aparte te gustaría aprender? — Con mucho gusto. — ¿Vendrás a este sitio? — Sí, con tal que no me peguen. — Pierde cuidado que nadie volverá a molestarte; desde ahora serás mi amigo; te entenderás conmigo y con nadie más. ¿Cuándo quieres que comencemos? — Cuando Vd. diga. — ¿Esta tarde? — Bueno. — ¿Y por qué no ahora? — Bueno, con mucho gusto. Y entonces se puso de rodillas y antes de comenzar la lección recitó una Ave María para obtener el favor de la Sma. Virgen en la obra de redimir aquella alma. Sentía que daba comienzo a una grande empresa y su alma se agitaba en íntima conmoción.

Tal fué el inicio de su Oratorio, que pobre y humilde en sus principios como todas las cosas grandes, debía asumir tan colosales proporciones. Era el granito de mostaza que con ser la más pequeña de las semillas debía transformarse en árbol frondoso y gigante.



La primera capilla en el Refugio.

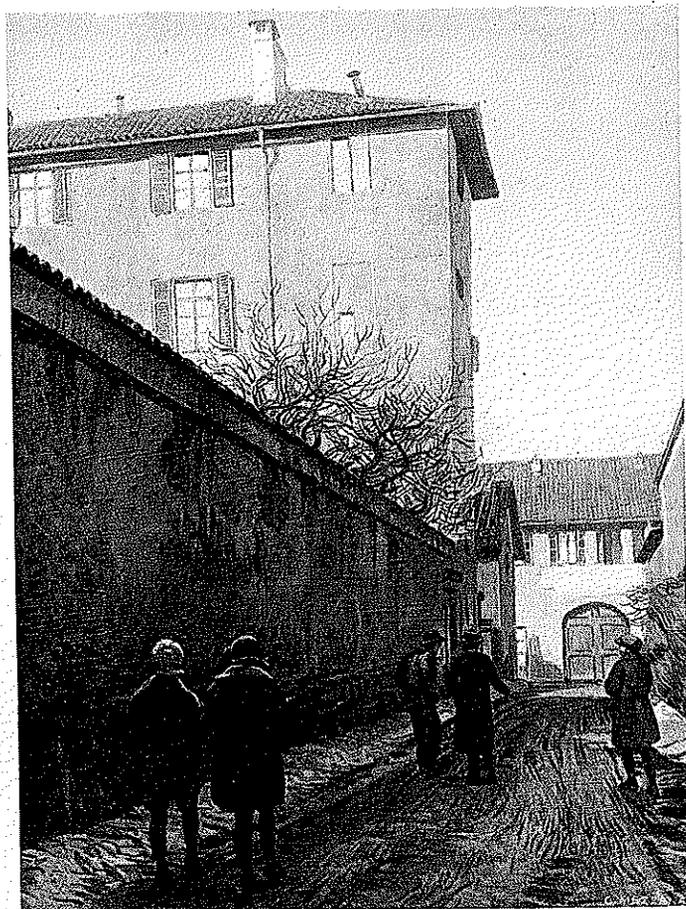
Un grupo de jovencitos.

Acercándose el tiempo en que Don Bosco debería dejar el *Colegio de San Francisco de Asís*, Don Cafasso para ayudarle en su misión providencial, le obtuvo el cargo de director espiritual en el pequeño hospital de Sta. Filomena, anejo al Refugio, instituto para las jóvenes en peligro, obra de la piadosa Marquesa de Barolo. El Oratorio había comenzado su peregrinación. La pequeña sala de Don Bosco sirvió al principio para lugar de recreación y para capilla. Después consiguió convertir en capilla dos cuartos del edificio del hospital adherente que se inauguraría tan sólo al siguiente año. Aquella primera capilla del primer Oratorio fué inaugurada el 8 de diciembre de 1844, día consagrado a María Inmaculada, bajo cuyo manto había puesto Don Bosco su Oratorio y sus hijos.

Bendijo la modesta capilla, dedicándola a San Francisco de Sales; allí celebró la santa Misa y distribuyó a varios niños la sagrada Comunión. También era el tercer aniversario del encuentro con Bartolomé Garelli, la piedra angular del Oratorio.

Más tarde fueron construídas otras capillas, bellas, artísticas...: pero ninguna más hermosa espiritualmente, ninguna más ricamente perfumada con el incienso que, grato al Señor, se alza hacia su trono como anhelo de un corazón que vive de fe.

La Auxiliadora desde lo alto del cielo observaba y bendecía, inspiraba y sostenía a su fiel siervo a quien le enviaba constantemente nuevas almas sencillas e inocentes....



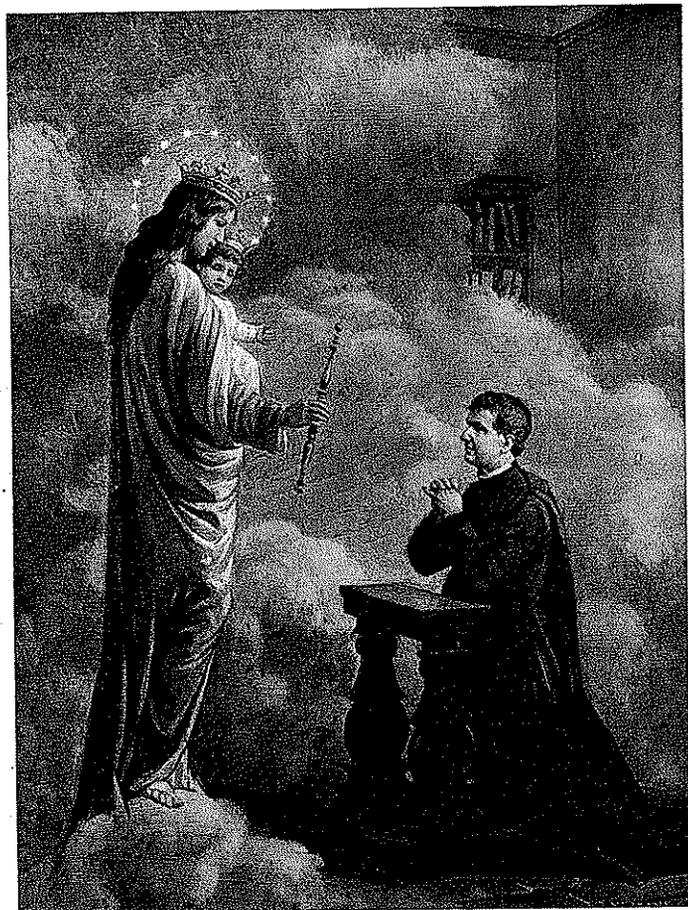
María Auxiliadora, entre nimbos de gloria, sonrío a Don Bosco absorto en la oración.

María Auxiliadora es la refulgente estrella del firmamento salesiano; es la que posó su mirada en la modesta casita *dei Becchi*; es la matrona que aparecerá luego muy a menudo a Don Bosco, es la Señora del sueño, «la Mujer de majestuoso semblante vestida con el manto resplandeciente».

La Sra. Marquesa de Barolo, cuando se aproximaba el tiempo de la apertura de su pequeño hospital, advirtió a Don Bosco que se preparara para alejar el Oratorio de sus obras. La «Reina del sueño» velaba por su protegido. Peregrinó Don Bosco del Refugio a *San Pedro in vinculis*, a la capilla de San Martín, a la Casa Moretta, al prado Filippi; estaba seguro que María Auxiliadora lo habría conducido al lugar ya indicado en el sueño. Sus esperanzas fueron confirmadas con un nuevo sueño.

Le pareció a Don Bosco hallarse en la parte septentrional del *rondó* (barrio de Valdocco) lugar que en un sueño precedente le había sido señalado como teatro del glorioso martirio de los tres soldados de la legión Tebea, quienes invitaron a acercarse. Apresuróse Don Bosco y cuando llegó, fué acompañado por ellos hacia la extremidad de aquel terreno en que ahora se alza la majestuosa Iglesia de María Auxiliadora. Allí se encontró delante de una Mujer de indecible hermosura, gran majestad, singular esplendor y magníficamente ataviada. La Señora, que apareció en el lugar donde se halla ahora el altar mayor del Santuario, invitó al siervo de Dios a acercarse, y le dijo que los tres jóvenes que lo habían conducido a Ella, eran los mártires Solutor, Adventor y Octavio, casi como indicándole que ellos serían los protectores principales de aquellos lugares. Luego con una encantadora sonrisa y con dulcísimas palabras, le animó a trabajar con entusiasmo por sus hijos, sin decaer nunca de ánimo en tan santa empresa. Finalmente le mostró allí cerca una casita y una iglesia, exclamando: *Haec est domus mea, inde gloria mea...*

A estas palabras D. Bosco se despertó, y la visión desapareció poco a poco.



La Providencia.

El Teólogo Vola regala su reloj a Don Bosco.

Las grandes fatigas y continúa tensión de espíritu, produjeron en Don Bosco un agotamiento general. Enfermó gravemente y estuvo en peligro de muerte. ¡Cuántas lágrimas brotaron, en aquellos días de ansiedad, de los ojos de sus rapazuco! Había una santa emulación para verlo al menos, para asegurarle que todos rezaban por él, y que por lo tanto, debía sanar para trabajar aún mucho. Y la oración de aquellos corazones inocentes fué eficaz ante María Auxiliadora, quien intercedió ante Jesús en favor del Padre de aquellos jovencitos. Durante la convalecencia se trasladó Don Bosco a Becchi junto a mamá Margarita. Mas en aquellos tres meses, el pensamiento, el corazón y el alma de Don Bosco estuvieron siempre con sus niños en Turín. Soñaba con ellos, pensaba en ellos, recibía sus visitas, escuchaba sus deseos... y finalmente se decidió a partir definitivamente y fijar cuanto antes su demora en el Oratorio, conduciendo consigo a Turín a mamá Margarita.

Imaginad la violencia que debió hacerse aquella buena y santa mujer; pero viendo que su querido Juan era pobre y trabajaba por los pobres, no titubeó un instante. Partió con él, haciendo a pié los treintidós kilómetros que separan Becchi de Turín, no sin antes saludar a su hijo José, a los queridos nietos, y despedirse de sus amigas y conocidas que no podían resignarse a perder a la que por edad, prudencia y espíritu práctico era su guía, su maestra, su segunda madre.

Llegaron a Turín hacia el atardecer, y cerca de Valdocco se encontraron con el Teól. Juan Vola, quien al ver a Don Bosco, cansado y cubierto de polvo, y al oír de dónde venía y adónde iba, lleno de admiración, no teniendo consigo dinero, sacó del bolsillo su reloj y se lo regaló: He aquí, dijo entonces D. Bosco a su madre, una bella prueba de que la Divina Providencia pensaba en nosotros. Vayamos adelante confiados en Ella.

Era el día 3 de noviembre de 1846.



Mamá Margarita y Don Bosco se instalan definitivamente en Valdocco.

Era el último domingo que D. Bosco podía reunir a sus pilluelos en el prado Filippi. El dueño, en vista de los destrozos que le causaban los niños, los despedía de allí. No sabiendo adónde acogerse para poder seguir haciendo el bien a sus hijos, D. Bosco, presa de amargo desconsuelo, lloraba....

De pronto se le acerca un desconocido, quien le dice que a poca distancia de allí había un cobertizo, que, arreglado convenientemente, podía servir para su *laboratorio*.

«No un laboratorio, sino un Oratorio», rectificó D. Bosco. Y sin más se dirige allá. No era por cierto un palacio.... pero D. Bosco vió el cielo abierto, y contrató el cobertizo, volviendo, lleno de gozo, a anunciar a sus amados hijos que el domingo siguiente, 12 de abril de 1846, festividad de Pascua, podrían ir a tomar posesión de su nueva demora.

D. Bosco lloraba de contento. María Auxiliadora, había proporcionado ya a su Siervo el lugar destinado para irradiar su gloria.

La solemne inauguración, se realizó, efectivamente, el día de Pascua. Pero a causa de las enormes fatigas de sus trabajos, se resintió tan gravemente su salud, que por imposición de los médicos tuvo que ausentarse por algún tiempo para reponerse un poco.

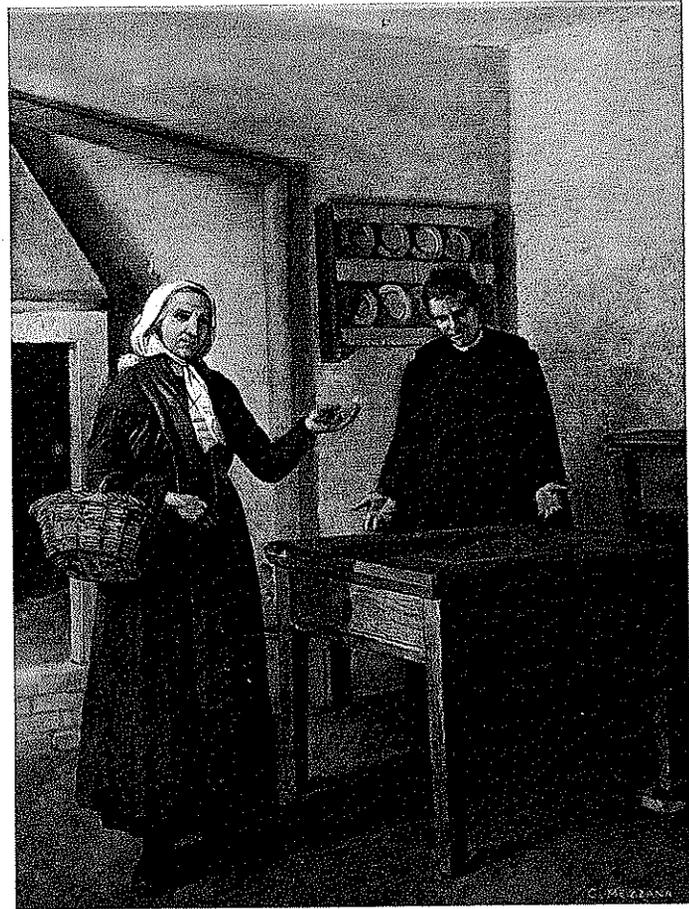
Después de tres meses de reposo, volvió a su querido Oratorio, pero llevando consigo a su madre, Mamá Margarita, y en él se instaló definitivamente.

«Al verse en aquellas reducidas y pobrísimas estancias, escribe el Beato en sus Memorias, desprovistas de lo más indispensable, mi madre, bromeando, decía: — ¡Oh, qué vida más tranquila me espera! En casa, tenía tanto trajín por limpiar los platos, fregar, y remendar la ropa, pero aquí no tendré nada que hacer, puesto que no hay absolutamente nada de esto. Dime, Juan, ¿cómo piensas arreglarte para proveer de lo necesario a tantos niños? ¿Qué van a comer los pobrecitos?»

«Habíamos traído de casa un poco de vino, harina, judías, trigo y otras cosas por el estilo. Mi madre, para hacer frente a los primeros gastos había tenido que vender una viña.... Es más, sacrificó todo su ajuar de las bodas, que conservaba religiosamente.

«Los vestidos más preciosos los empleó en hacer casullas; de la ropa blanca, hizo amitos, purificadores, albas, roquetes y manteles. Tenía también una cadenilla de oro y el anillo nupcial. Pues bien: hasta esto sacrificó y lo vendió generosamente, para proveerse de flecos y puntillas con que adornar los ornamentos sagrados.»

— Si llegas a ser rico, no pienses verme a tu lado, le dijo un día Margarita. Pero ahora, que veía a su hijo sacrificarse y darse por entero a los jovencitos, pobres y abandonados, quiso sacrificarse con él. El holocausto del hijo y de la madre, no podía ser más completo.



Un nuevo sistema de educación.

Don Bosco se divierte con sus niños.

La base de la educación, consiste, según D. Bosco, «en adiestrar al niño en los primeros pasos por el camino de la santidad, cuyas bases fundamentales son la abnegación y la generosidad.... Hacedos amar, no temer... Haced de modo que, al veros, no huyan de vosotros, sino que corran a vuestro lado.» Entre el educador y los jovencitos debe haber una íntima compenetración de vida y de pensamiento, de modo que pueda no sólo intuir, sino también conocer sus más íntimos pensamientos para guiarles y perfeccionarles.

Por esto escribía desde Roma a sus salesianos, en 1884: «Es necesario que améis a los jóvenes, pero no basta: han de reconocer que son amados.» Por esto quería él que existiera grande familiaridad entre educadores y educandos, especialmente en los recreos. «Sin la familiaridad no podréis demostrar vuestro afecto, y sin esta demostración, no puede existir la confianza. Quien quiere ser amado, es necesario que antes haga ver que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños, y cargó con nuestras debilidades. He ahí el modelo de la familiaridad.»

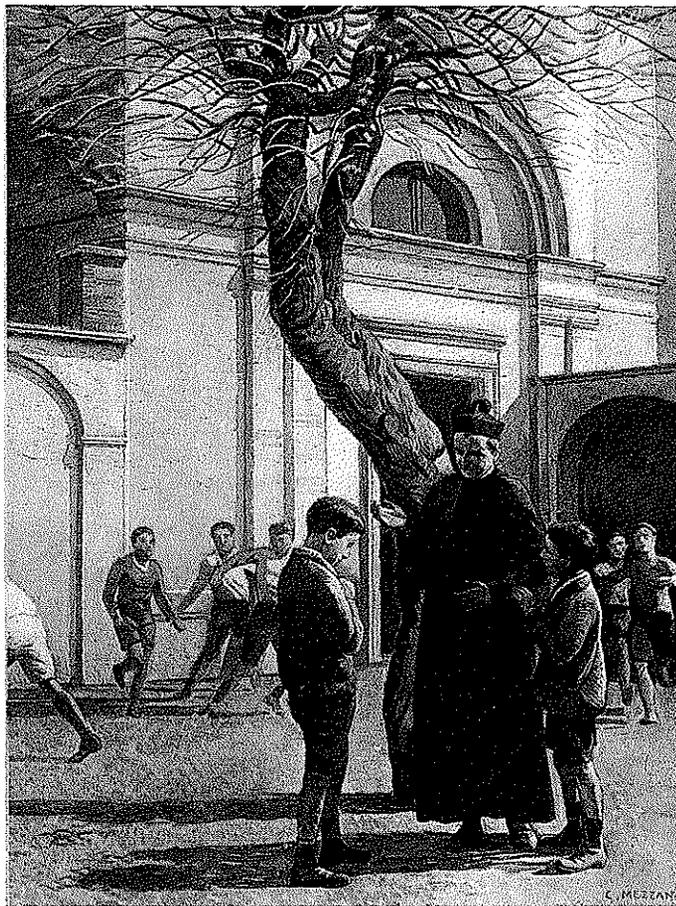
Su camino era el camino del amor: y quería que fuese el de sus salesianos. Sólo así podrían hacerse amar, para hacerse temer. Mas para salir bien en este empeño, ¡cuántas industrias sabía encontrar! Sobre todo insistía en que reinase siempre entre sus niños una grande alegría. «Dad a los niños amplia libertad de saltar, correr, jugar y gritar a su gusto.» Además de los recreos ordinarios, sabía encontrar ocasión para nuevas fiestas, llenas de alegría y esplendor, largos paseos, agradables clases de música, de gimnasia, de declamación.

Quería que en tiempo de recreo, no hubiese ningún niño ocioso. Cuando veía algún corrillo procuraba, con ingeniosas industrias, asociarlos a sus juegos.

A veces, llamando a uno de aquellos jóvenes que de ordinario no jugaba, le decía: «Mira, vas a hacerme un favor. Toma la llave de mi cuarto: encima de la mesa verás un libro: traémelo. Y luego llamaba a otro, y le mandaba a la portería a ver si había llegado algún forastero. A un tercero lo mandaba a buscar a un compañero, o a ver si el Prefecto estaba en su despacho, o a cualquier otro encargo.

Así conseguía ver deshechos los corrillos que eran su pesadilla.

Sí, D. Bosco se hacía pequeño con los pequeños; pero en éste arte de rebajarse y empedqueñecerse, cuánta sabiduría, cuánto amor!



El "Gris".

El "Gris" se abalanza sobre dos malhechores que pretendían asesinar a Don Bosco.

La Providencia amorosa de María Auxiliadora, velaba de un modo especial sobre su Siervo y sabía sacarlo ileso de todos los peligros, de un modo singular y maravilloso.

Una tarde del 1852, ya anochecido, D. Bosco volvía tranquilamente a su casa, cuando vió que se le acercaba un enorme perro, que más bien parecía un lobo; morro alargado, orejas cortas y puntiagudas.... enorme corpulencia.... Por de pronto, D. Bosco, sintió miedo, pero al ver que, lejos de acometerle, el perro le hacía fiestas y saltaba a su lado cariñosamente, se tranquilizó, y pronto entraron en amistosas relaciones. El hermoso animal le acompañó hasta su casa, y al llegar a la puerta, desapareció de improviso.

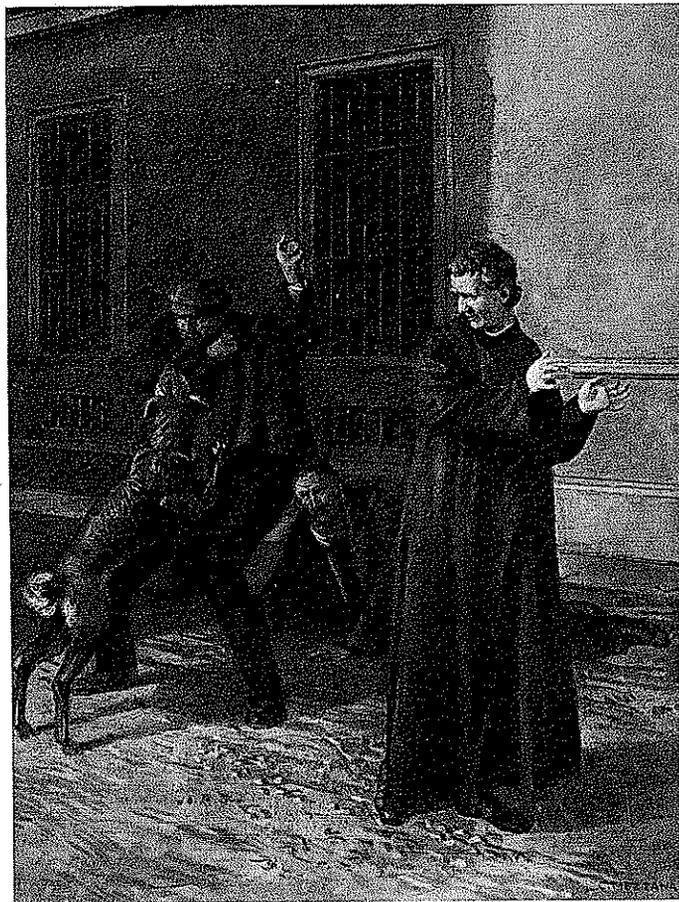
¡Providencial coincidencia! Siempre que por algún asunto tenía que volver tarde a su casa se sentía confortado con la presencia del perro misterioso.

A fines de 1854, D. Bosco volvía de noche a su casa, y para no alejarse demasiado del poblado, tuvo que hacer algunos rodeos. Al abandonar las últimas casas, se dió cuenta de que dos hombres le precedían, ajustando el paso al suyo. Si D. Bosco lo aceleraba, ellos caminaban más de prisa, y si lo retardaba, también ellos hacían lo mismo. No cabía duda: eran dos malintencionados. El Beato intentó buscar ayuda en una casa cercana, pero los malhechores, al ver que se les escapaba la presa, le atajaron el paso, y mientras uno le tapaba la boca con un pañuelo, el otro le envolvía con una capa. D. Bosco no podía valerse. Estaba a merced de sus enemigos.

Mas en aquel preciso momento, aparece el «Gris» que empieza a ladrar con tanta furia, que más que un perro parecía un león, y luego, arrojándose sobre ellos, les derriba al suelo violentamente. Intentan escapar, pero el «Gris» los vuelve a arrojar a tierra.

Llenos de espanto, y viéndose perdidos, los criminales se ponen de rodillas y exclaman: «— D. Bosco, por piedad, llame a su perro, que nos va a matar. — Lo llamaré, dijo D. Bosco, pero dejadme seguir mi camino. — Si, si, llámelo pronto. — «Gris», dijo D. Bosco, ven aquí.»

Y el perro, obediente cual un corderillo, dejó a aquellos desgraciados y siguió a D. Bosco hasta su casa, no abandonándole hasta el pie de la escalera que conducía a su cuarto.



La primera flor.

Domingo Savio, se presenta a Don Bosco.

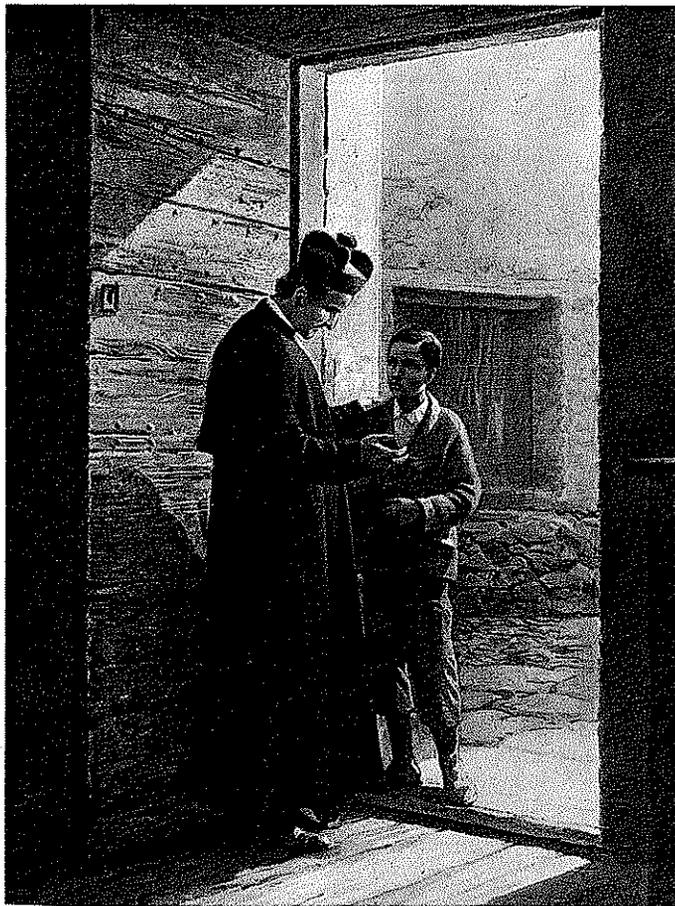
En la casita paterna, testigo de los primeros sueños, tuvo D. Bosco la dicha de encontrar la primera flor de su precioso jardín, Domingo Savio.

Era el primer lunes del mes de octubre de 1854. Se hallaba D. Bosco en su pueblo natal. Una mañana, temprano, vió a un niño que acompañado de su padre, se dirigía hacia él. He aquí las mismas palabras, con que el Beato narra la entrevista.

«El aspecto alegre y al mismo tiempo respetuoso del jovencito, cautivaron mi atención. — ¿Quién eres?, le pregunté; ¿de dónde vienes? — Yo soy, contestó, Domingo Savio y venimos de Mondonio. Entonces lo llevé a mi cuarto; donde me habló de sus estudios y del tenor de vida hasta la fecha seguido.

«Después de una conversación bastante prolongada, cuando iba a llamar no poco maravillado ante el trabajo que la gracia divina había ya obrado en tan tierna criatura.

«Después de una conversación bastante prolongada, cuando iba a llamar a su padre, me dijo estas textuales palabras: ¿Y bien; qué le parece? ¿Me llevará a Turín para estudiar? — Me parece que se trata de buen paño, contesté. — ¿Para qué puede servir este paño? — Para hacer un hermoso traje y ofrecerlo al Señor. — He comprendido; yo soy el paño, sea Vd. el sastre: lléveme con Vd. y haga un hermoso traje para el Señor. — Temo que tus fuerzas no soporten la fatiga del estudio. — No tenga miedo, Dios que hasta ahora me ha concedido la salud, ne me la negará en adelante. — Y cuando hayas terminado los estudios del Bachillerato ¿qué te gustaría ser? — Si el Señor me concediera tan inmensa gracia, desearía abrazar el estado eclesiástico. — Bien, ahora quiero probar si tienes capacidad para el estudio: toma este librito, estudia esta página y mañana vendrás a recitármela. Dicho esto, le indiqué que podía alejarse. Pasaron ocho minutos escasos, cuando Domingo vuelve sonriente y me dice: Si desea, ahora, mismo recito la página. Tomé el libro y comprobé, con maravilla, que no sólo la sabía literalmente, sino que entendía perfectamente el significado. — Bravo, le dije, has anticipado la lección y yo anticipo la respuesta. Vendrás conmigo a Turín y desde este momento te cuento en el número de mis hijos.»



Las "Buenas Noches".

Don Bosco, desde un pequeño púlpito da las buenas noches a sus niños internos.

Una delicada industria, que usó D. Bosco, y recomendó más tarde con interés a los Salesianos, es el sermonecito llamado *Buenas noches*. Tomó la idea de las palabras llenas de afecto que mamá Margarita dirigió al primer niño recogido, cuando este se retiraba a dormir.

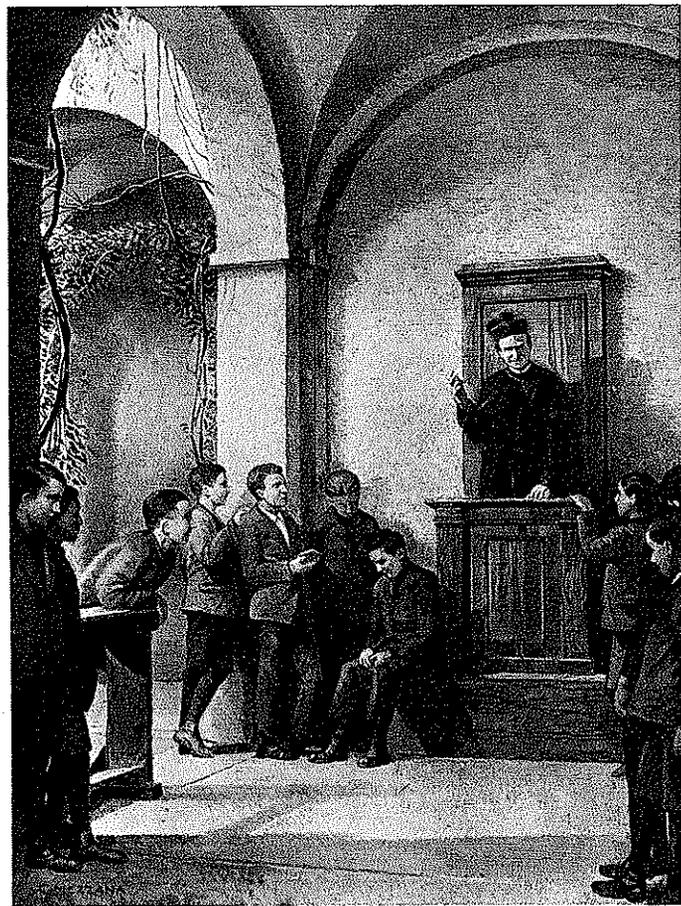
«Todas las noches — escribió un antiguo alumno — terminadas las oraciones, subía D. Bosco al púlpito, ayudado dulcemente por los que estaban cerca. Cuando se le veía aparecer, con su mirada paternal y sonriente, se despertaba en aquella joven y numerosa familia un murmullo de satisfacción y alegría. Después, en religioso silencio, todas nuestras miradas, quedaban fijadas en él...»

Con frecuencia, las *Buenas noches* consistían en la narración de uno de sus admirables sueños, que eran mas bien, visiones celestes; los niños le escuchaban atentos y conmovidos. Otras veces, al contrario, las *Buenas noches* eran una tremenda exhortación, la amenaza de un castigo, una predicción...; el buen Padre, con acento grave y solemne mostraba que las puertas de la eternidad se estaban abriendo para recibir a alguno de sus hijos.

La saludable práctica se conserva en todas partes. De este modo la santa e ingénua poesía de la vida de familia, continúa suavísima y arraigada en las casas salesianas.

Como nuestros abuelos de antaño reunían todas las noches a sus nietecitos alrededor de la lumbre y con palabra sencilla y breve esculpían, en aquellas tiernas almas, tesoros de sabiduría y experiencia; así, en las casas salesianas, a la noche, cuando el alma del niño está mejor dispuesta a recibir una palabra de afectuosa amonestación, el Padre habla a sus hijos, descándoles un sueño angelical, mientras va descorriendo el velo para enseñarles a dar un nuevo paso en el difícil sendero de la vida.

A esta breve conversación, sucede el descanso bajo la mirada de Dios y el cuidado de una asistencia paternal.



Don Bosco ve en un sueño el futuro Santuario.

D. Bosco estuvo siempre seguro de la protección de María Auxiliadora. Innumerables eran las pruebas recibidas. Era un deber de gratitud corresponder a tan señalados beneficios. El mejor modo era ciertamente, levantar un templo en honor de Aquella que le había mostrado en sueños, multitud de iglesias y colegios.

Cuando estaba D. Bosco para trasladar el primer grupo de niños del Convento de S. Francisco de Asís al Refugio, la víspera del segundo domingo de octubre de 1844, su alma fue confortada con la presencia y palabra de María Auxiliadora. Entonces, como a la edad de nueve años, le pareció a D. Bosco encontrarse en medio de una multitud de animales feroces, y cuando, espantado, quería huir, se le presenta una Señora regiamente vestida, la cual le manda permanecer en su puesto. Poco después la misma Señora le mostró una hermosísima iglesia; en la parte superior, por dentro, se leía esta inscripción en letras cubitales: «*Hic domus mea; inde gloria mea*; aquí está mi casa; de aquí, mi gloria.» De este modo comprendió perfectamente, que el porvenir de su obra estaba en manos de María Auxiliadora.

Más tarde, la nobilísima Matrona, para confortar a su fiel siervo, cuando parecía que toda su obra se hallaba a punto de desaparecer, llamará a D. Bosco a su lado y lo animará a que no abandone a sus hijos. Le indicará el medio para vencer todas las dificultades, que es una plena confianza en Ella, y le hará ver una casa con una iglesia, al mismo tiempo que pronunciará con dulce voz estas textuales palabras: «*Haec est domus mea. Inde gloria mea*: Esta es mi casa. De aquí mi gloria.» Con otro nuevo sueño consoló María Auxiliadora a su siervo. En la fachada de una casa, edificada más tarde donde primero se alzaba la capilla Pinardi, había visto escrito en letras de gran tamaño: «*Hic nomen meum. Hinc inde exhibit gloria mea*: Aquí está mi nombre. De aquí saldrá mi gloria.»

¿Podía desear D. Bosco investidura más solemne de María Auxiliadora?
¿Se podía pretender una Reina más cariñosa y amable?



La sanción de Roma.

Don Bosco arrodillado ante Pío IX.

Muchas y variadísimas eran las obras que D. Bosco había llevado a cabo; mas ninguna podía parangonarse con la que de preferencia intentó fundar y completar: la «Sociedad» de la que todas las otras obras recibirían aliento y vida.

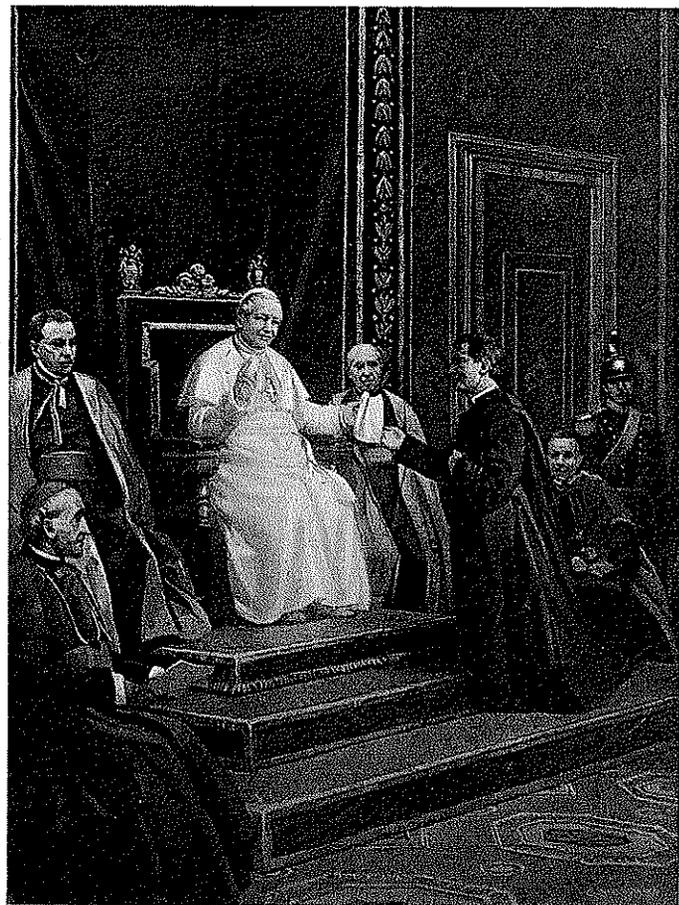
En la primavera 1858, juzgó necesario un viaje a Roma para tomar consejo del S. Padre que era entonces Pío IX y determinar de acuerdo con él los mejores medios a fin de realizar sus ideales.

Era el 9 de marzo. D. Bosco y el clérigo Rúa, fueron introducidos finalmente y se encontraron en presencia de su Santidad Pío IX. El alma del pobre D. Bosco debía estar llena de afectuosa conmoción y bastante agitada al exponer lo que tanto le interesaba. Mas cuando D. Bosco se preparaba a manifestar su deseo al Papa, éste le interrumpe, dulcemente: — ¡Querido D. Bosco! Tenéis entre manos muchas empresas, mas si morís, ¿qué sucederá con vuestras obras?

Habiendo oído D. Bosco la extraña pregunta de Pío IX, no añadió palabra. Presentó las cartas episcopales emitidas con mucha benevolencia por Mons. Frasoni, entonces desterrado en Lión, y añadió: «Suplico a V. S. me dé las bases de una Institución que sea compatible con los tiempos y lugares en que vivimos.»

El Vicario de Jesucristo leyó la recomendación; después, habiendo oído de D. Bosco detalladamente sus propósitos y sus intenciones, se mostró muy satisfecho y lo animó a adoptar provisoriamente aquellas reglas, para poder más tarde presentarlas a la aprobación definitiva.

En la segunda audiencia, el 21 de marzo, el Papa le sugirió nuevas ideas y nuevos alientos, y, en la tercera, el 6 de abril, permitió a D. Bosco poderlas poner en práctica, aunque provisoriamente. Finalmente después de muchos años de fatigas y de pruebas dolorosas, el 3 de abril 1874, la Congregación Salesiana era definitivamente aprobada por la Santa Sede, y el corazón de D. Bosco pudo manifestar todo su reconocimiento al Papa Pío IX y a la Virgen Auxiliadora, la dulce Señora del Sueño....



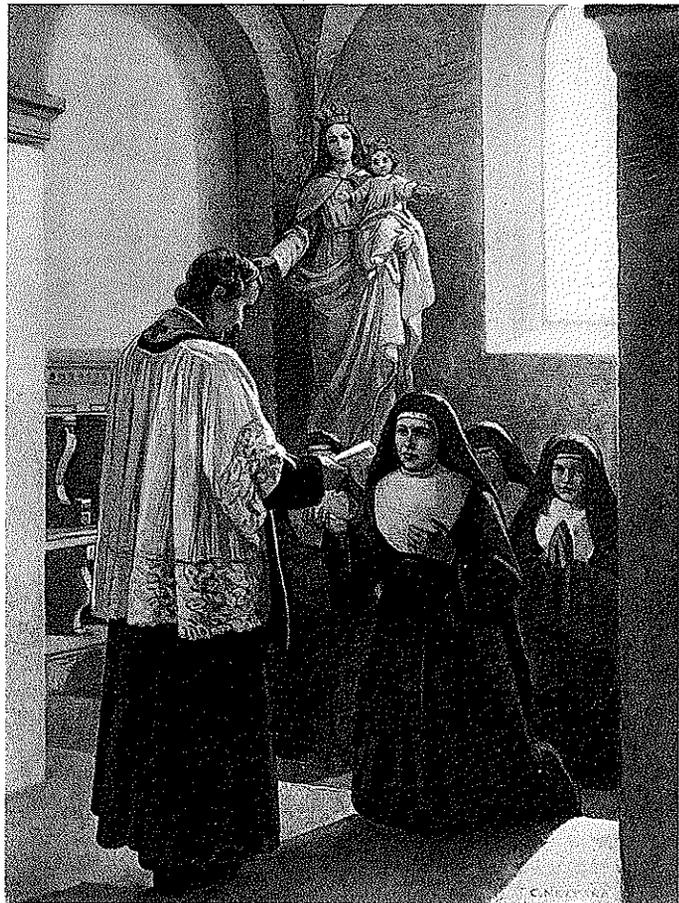
La segunda Familia Salesiana: las Hijas de María Auxiliadora.

La obra de restauración social a que la Divina Providencia quería se dedicase el humilde hijo de Margarita, el pastocillo de *Becchi*, este gran padre de la juventud, no hubiera sido completa si se hubiese contentado con pensar solamente en una porción de las flores de Dios. Otras flores esperaban ansiosas la mano del experto cultivador, del jardinero cuidadoso.... y D. Bosco, puesto que todo lo había llevado a cabo bajo la inspiración de Aquella «cuyo nombre dice ternura maternal y ayuda perenne invencible», Auxilio de los cristianos, después de haber erigido a esta Madre Divina el templo de su gloria, le elevó otro monumento formado por corazones, por almas.... por lirios,... esto es, monumento de vivo reconocimiento a tan tierna Madre por los grandes y múltiples favores alcanzados por su intercesión. Así que instituyó su segunda gran familia: El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, con el programa ya dado a los salesianos: *Da mihi animas, caetera tolle!*

Hulmidísimos son los principios del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, como suele acontecer con las obras propias de Dios.

En el oscuro pueblo de Mornese, estuvo por 9 años la Casa Madre, el centro del Instituto; allí tuvo origen en el 1872 y de allí se propagó, primero con lentitud, con mayor pujanza más tarde. D. Bosco para dar más incremento a la obra, trasladó la Casa Madre a Nizza Monferrato. También esta obra estaba en los designios de la Reina Pastorcita, de la Señora de los Sueños; debía por consiguiente recibir de Ella particular asistencia, maternal protección. ¡Y la asistencia de María fué prodigiosa!

La primera Superiora general — la primera flor — fué la Madre María Mazzarello que se distinguió por su grande humildad, sencillez y fortaleza cristiana. En curso está el proceso Apostólico de beatificación de esta Santa Religiosa. A ella confió D. Bosco el nuevo Instituto para que custodiara el espíritu y procurara la observancia de las santas Reglas. El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora está ahora extendido por todo el mundo. El programa, aprobado, bendecido e inculcado por el Vicario de Cristo, no podía ser más significativo y persuasivo que el determinado por su fundador: la perfección de cada uno de sus miembros y la salvación de la juventud por medio de la educación cristiana y del sistema preventivo. por lirios,... esto es, monumento de vivo reconocimiento a tan tierna madre



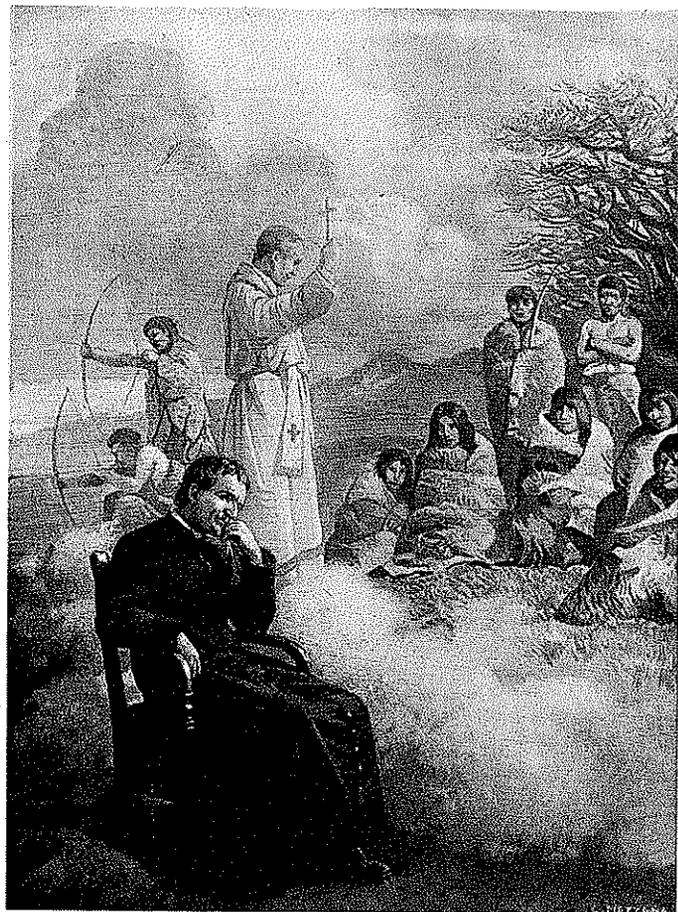
Allende el Océano - Sueño de Don Bosco en el que ve a los feroces patagones que deponen sus armas a los pies de los misioneros.

El sueño que abre a D. Bosco la visión de allende el Océano es, en la historia de las Misiones Salesianas, como la primera gesta de aquella admirable epopeya que ya cuenta con una prodigiosa pléyade de héroes.

«Me parecía - narró D. Bosco el año 1876 a algunos de sus íntimos - encontrarme en una región salvaje y completamente desconocida.... En ella vi una multitud de hombres que la recorrían de una a otra parte. Casi desnudos, de una estatura extraordinaria y de aspecto feroz; de cabellos largos y lisos, el color de sus rostros de bronce, vestidos tan solo con largas pieles que terciadas al hombro les caían por adelante y por las espaldas. La honda y una especie de lanza larga constituían sus armas.... Por una parte combatían entre sí; por otra se les veía luchando con soldados vestidos a la europea y los campos estaban cubiertos de cadáveres.... Yo estaba alterado.... mas he aquí que veo asomar por el horizonte de la llanura un sinnúmero de misioneros de varias Ordenes.... Se acercaron a los salvajes y se mezclaron con ellos, mas estos apenas los vieron empezaron a matarlos, y haciéndolos pedazos, los trinchaban con sus lanzas, levantándolos en alto en señal de cruel diversión. Después de contemplar tan horribles e inhumanas escenas vi avanzar otro grupo de misioneros, los cuales precedidos por niños, se iban acercando con alegría y expresión de bondad hacia los salvajes.... Me pareció conocerlos, me fijé bien en ellos y reconocí que eran mis hijos los salesianos. Los de la primera fila me eran bien conocidos, otros muchos en cambio, no, pero me di cuenta que también ellos eran misioneros salesianos.... Quise obligarlos a volver atrás para que no corriesen la misma suerte que los anteriores, pero me detuve viendo que eran acogidos con muestras de regocijo y complacencia por aquellos bárbaros, quienes al instante bajaron las armas y las depusieron a sus pies, y con ellas toda su fiera, esforzándose en aparecer corteses.

«Nuestros misioneros se confundieron con ellos y se pusieron al instante a instruirlos, y ellos aprendían y ponían en práctica diligentemente cuanto les decían.... Observé también que los misioneros se pusieron a rezar el Santo Rosario.... Después se arrodillaron, y los indios, imitándolos hicieron lo mismo; oyóse enseguida el canto: *Load a Maria*.... que la multitud prosiguió con entusiasmo y con tanta fuerza que.... me desperté.

«Este sueño lo tuve hace cuatro o cinco años.... No comprendí entonces bien el significado; sin embargo entendí que se trataba de misiones en países lejanos, las cuales siempre habían despertado en mí grandes deseos y vivo entusiasmo.»



Santa muerte de Don Bosco.

Después de una vida llena de tantas fatigas y sembrada de tantas penas, D. Bosco se sentía ya sin fuerzas. Se acercaba el día en que los Angeles del Señor, tomándolo en sus brazos, so llevarían radiante de gloria al trono de Dios.

El 20 de diciembre de 1887 recibió, en el lecho, la santa Comunión: a continuación, haciendo un supremo esfuerzo, se levantó y pudo, con gran consuelo, trabajar un poquito. En todos los corazones renacieron las más risueñas esperanzas: mas ¡ay!, la mejoría fué corta. El 20 de enero de 1888, volvió a guardar cama, y se veía inminente el fin. El 29 de enero, fiesta de S. Francisco de Sales, hizo su última comunión, permaneciendo como absorto todo aquel día. El 31, a la una y 35, entró en agonía. D. Rúa, revestido de roquete y estola, empezó la oraciones de los agonizantes; fueron llamados con urgencia todos los Superiores, y en un instante, la habitación se llenó de sacerdotes, clérigos y seglares.

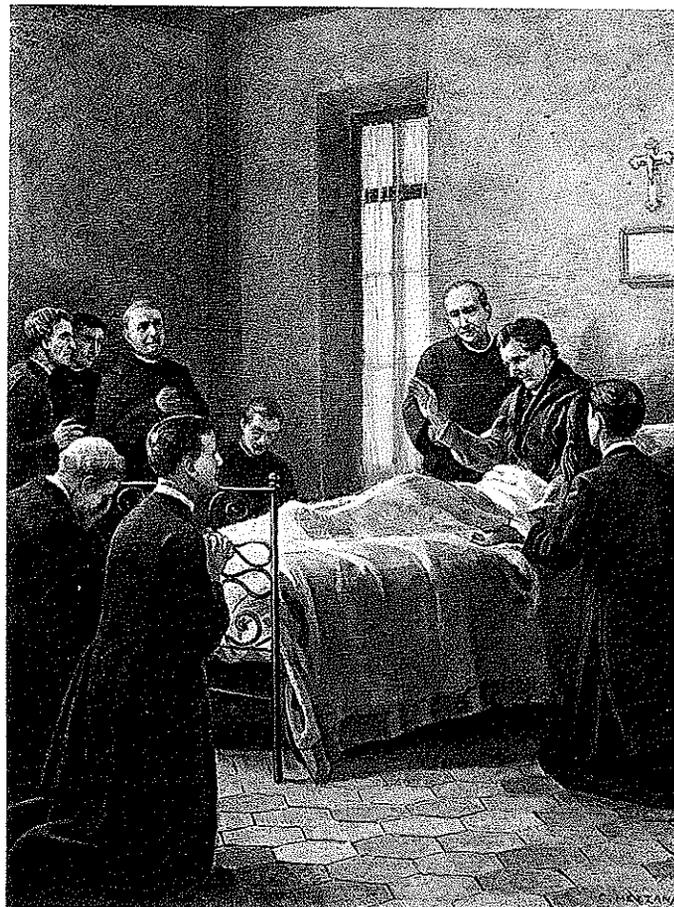
Don Rúa, inclinándose sobre el moribundo, le dijo al oído: «Don Bosco, estamos aquí nosotros, sus hijos. Le pedimos perdón por todos los disgustos que le hemos podido ocasionar. Y V., en señal de perdón y benevolencia, denos una vez más su santa bendición. Yo le sostendré la mano y pronunciaré la fórmula de la bendición.»

¡Conmovedora escena! Todos se inclinan y D. Rúa, sobreponiéndose a su terrible angustia, alza la mano ya paralizada de D. Bosco, e invoca la protección de María Auxiliadora sobre los hijos presentes y también sobre los ausentes, que se hallan esparcidos por todo el mundo.

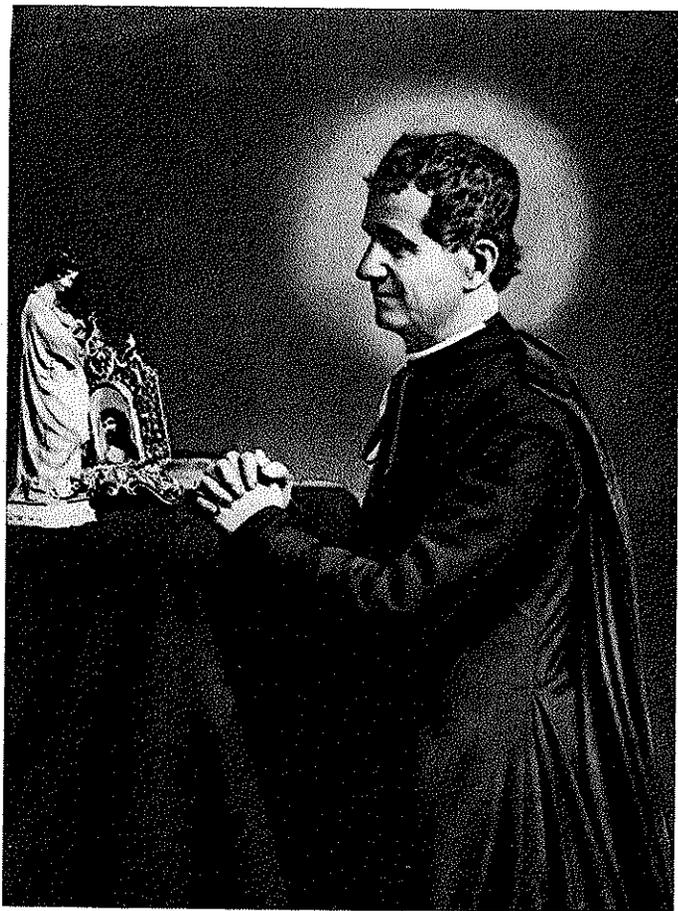
A las cuatro y media, mientras las campanas de María Auxiliadora tocaban el *Angelus*, Mons. Cagliero, entonaba el *Proficiscere*....

Y poco después, el amadísimo Padre dejaba este destierro para volar al cielo, en donde espera a todos sus hijos para hacerles partícipes de su gloria.

Tenía 72 años, 9 meses y 15 días.



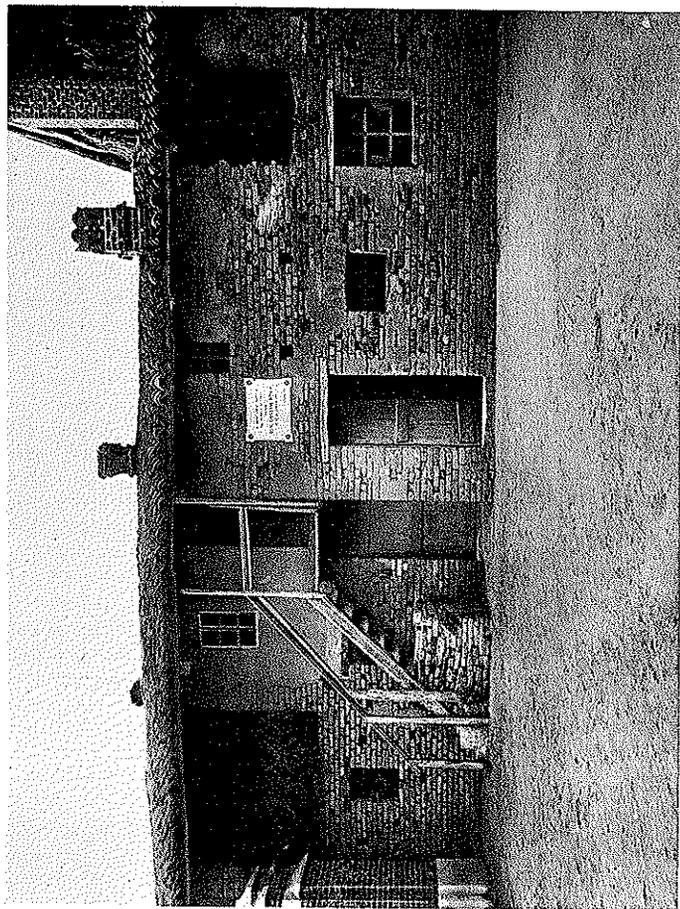
RETRATOS Y VISTAS



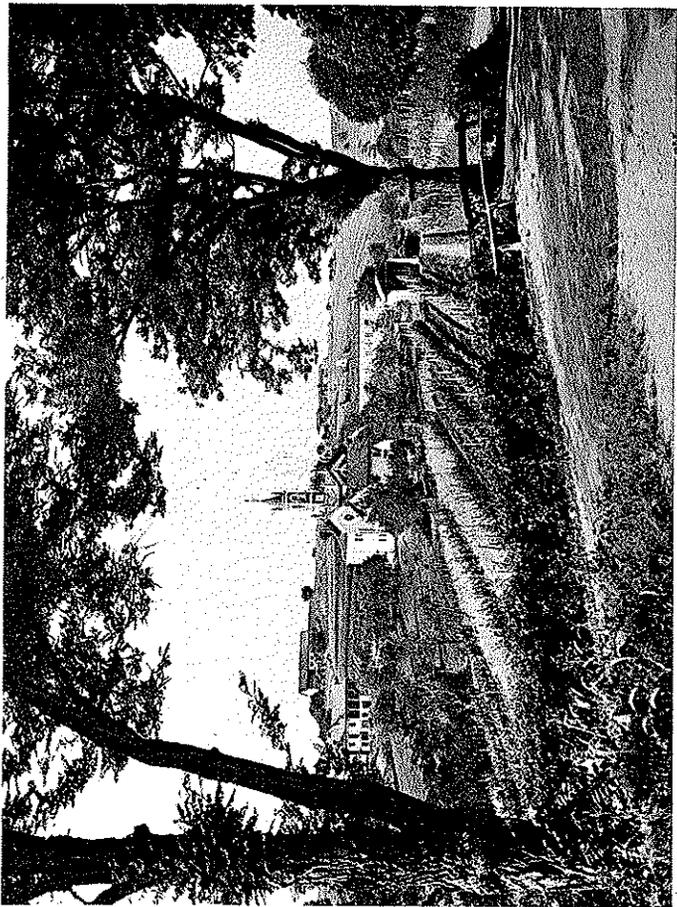
EL BEATO EN ORACION



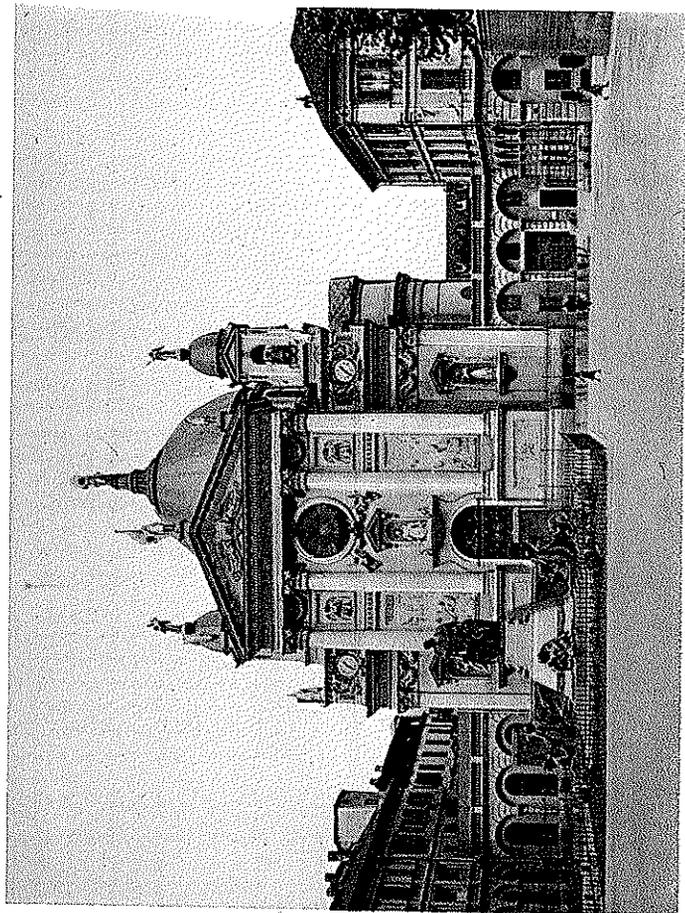
LA MADRE DEL BEATO



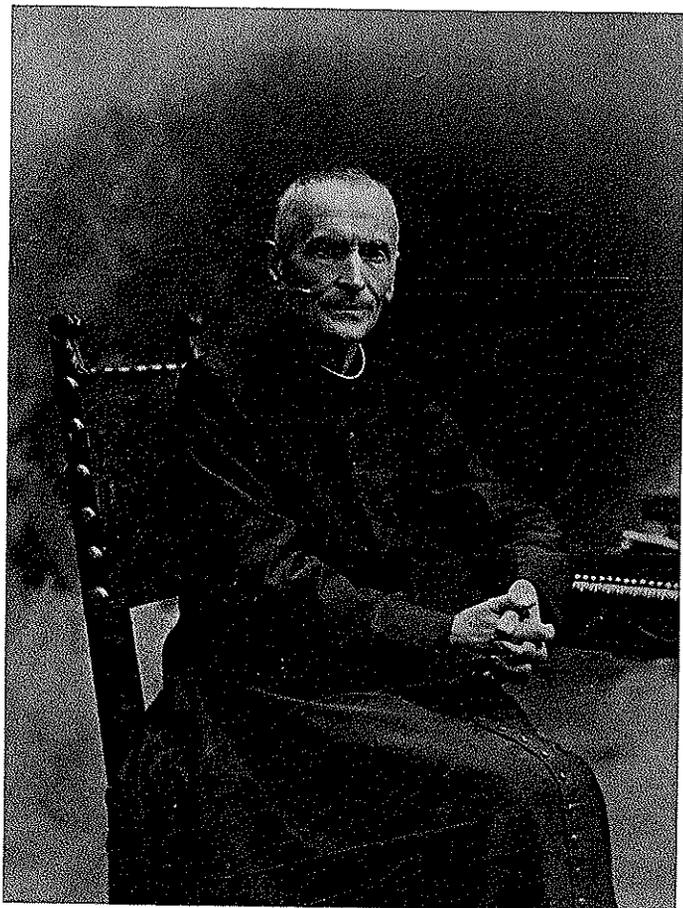
CASITA DONDE NACIÓ EL BEATO



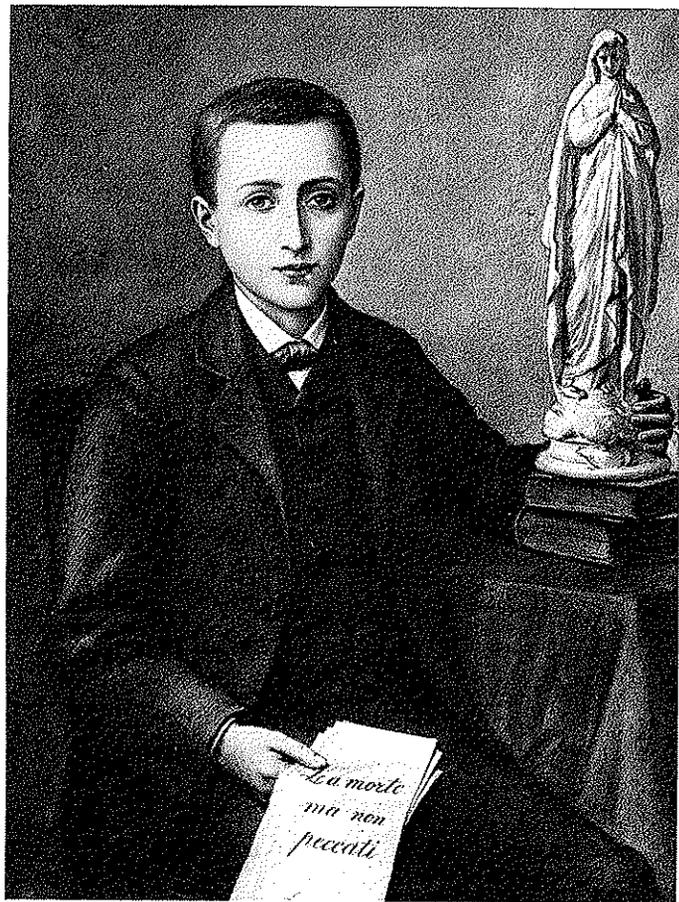
CASTELNUOVO DE ASTI (BECCHI) - EL PRADO DE LOS PRIMEROS SUEÑOS DEL BEATO



EL ORATORIO DEL BEATO EN TURÍN



DON MIGUEL RÚA



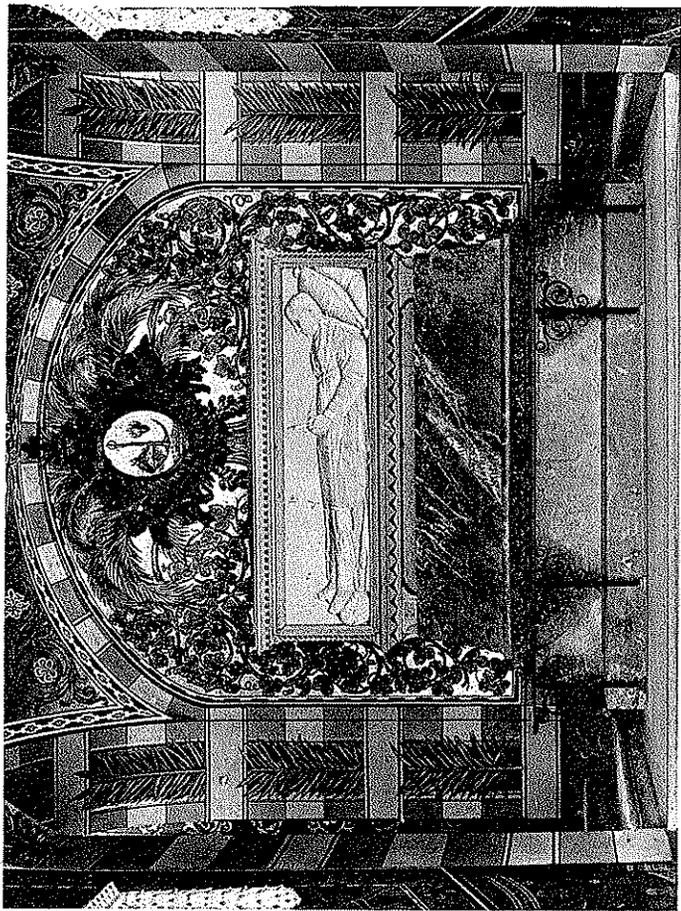
DOMINGO SAVIO



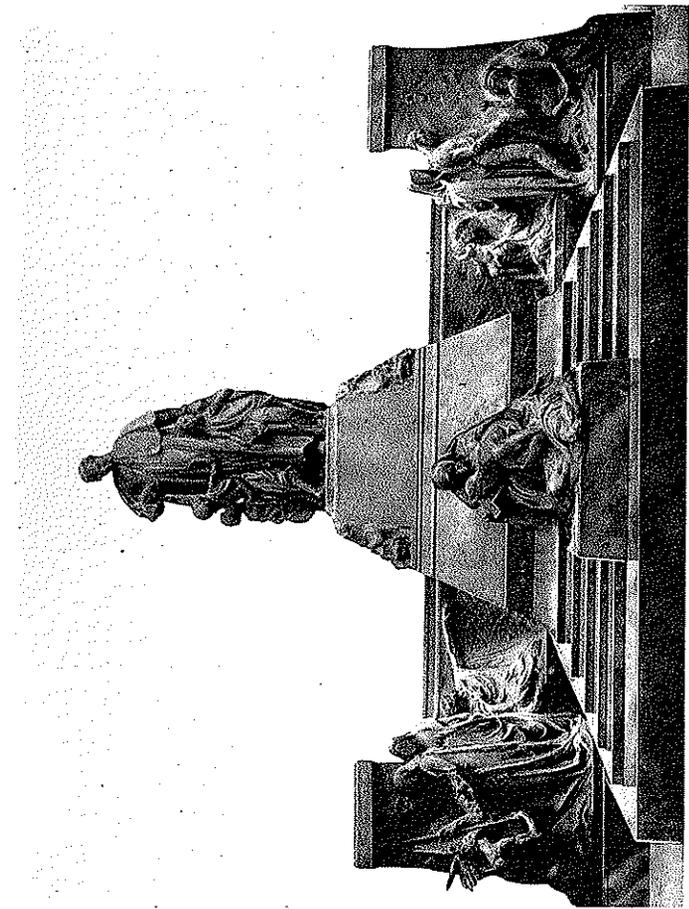
EL CARDENAL JUAN CAGLIERO



EL CUARTITO DONDE MURIÓ EL BEATO



LA TUMBA DEL BEATO EN VALSÀLICE



EL MONUMENTO AL BEATO EN TURÍN



EL SANTUARIO DE MARÍA AUXILIADORA EN TURÍN

Dedicatoria	3
I ¡Sin padre!...	6
II El sueño	8
III El encuentro con Don Calosso	10
IV En la Granja Moglia	12
V El Angelus	14
VI El germen de los Oratorios Festivos	16
VII « Prefiero el Paraíso a todas la riquezas del mundo »	18
VIII La Cucaña. Hábil y santa industria	20
IX El pequeño saltimbanqui. — Juan camina sobre la cuerda, en medio del estupor general	22
X Juanito recibe el hábito eclesiástico ante el altar de la Iglesia parroquial de Castelnuevo de Asti	24
XI El campo del Apostolado. D. Bosco contempla desde Superga la ciudad de Turín	26
XII Primicias de la Obra. — D. Bosco habla con Bartolomé Garelli	28
XIII La primera capilla en el Refugio. — Un grupo de jovencitos	30
XIV María Auxiliadora, entre nimbos de gloria, sonrío a D. Bosco, absorto en la oración	32
XV La Providencia. — El Teólogo Vola, regala su reloj a D. Bosco	34
XVI Mamá Margarita y D. Bosco se instalan definitivamente en Valdocco	36
XVII Un nuevo sistema de educación: D. Bosco se divierte con sus niños	38
XVIII El « Gris ». — El « Gris » se abalanza sobre dos malhechores que pretendían asesinar a D. Bosco	40
XIX La primera flor. — Domingo Savio se presenta a D. Bosco	42
XX Las « Buenas noches ». — Don Bosco, desde un pequeño púlpito, da las buenas noches a sus niños internos	44
XXI D. Bosco ve en sueños el futuro Santuario	46
XXII La sanción de Roma. — D. Bosco arrodillado ante Pío IX	48
XXIII La segunda familia salesiana: Las Hijas de María Auxiliadora. — Don Bosco entrega las Reglas a la Madre Mazzarello	50
XXIV Allende el Océano. — Sueño de D. Bosco en el que ve a los feroces Patagones que deponen sus armas a los pies de los Misioneros	52
XXV Santa muerte de D. Bosco	54
Retratos y Vistas	59-70



250



TUTO
RICO
SIANO
A
6
MA

El Beato

Don Juan Bosco



...
cumplido los nueve años.
Juanito soñó. Preferiría decir: tuvo
un sueño. Le pareció encontrarse en
un lugar donde muchos niños que se diver-
saban. Juanito, para darles,
por la ofensa de Dios, se abalanzó
al diestro y siniestro. Pero un
ángel, se le presenta de improviso
golpes, sino con la mansedum-
te más bien a instruirlos acerca
de la virtud.»
Juanito atrevió a preguntar quién era
ese ángel.
Juanito respondió que todo le sería
revelación de la sabiduría. «En
mis Memorias, vi junto a El una
sobre un manto que resplandecía
y el tejido fuese una brillantísima
en mis preguntas y respuestas
y la bondad por la mano: — Mi-
s niños habían desaparecido y
los gatos, osos y otros anima-
les, continuó diciéndome aquella
vez que veas que sucede ahora con
los osos.» Volví entonces la mirada
sobre otros tantos mansos corde-
ros que me miraban y a la Se-
ñora que lloraba, y rogué a aquella
Señora pues aún no sabía lo que
era sobre la cabeza diciéndome:
un ruido me despertó y todo



preguntado a ser *realidad!*







